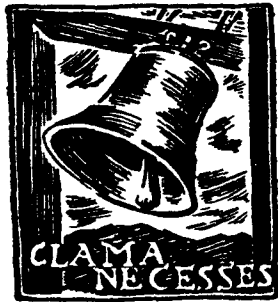


CRISTIANIDAD



120

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

15 MARZO

1949

Tema inagotable, de constante actualidad, el del oriente europeo. Diversidades raciales y disparidades de cultura y religión mantienen latente la llamada cuestión entre Oriente y Occidente. Oriente movido por ocultas fuerzas que cada vez más descaradamente muestran su signo anticristiano, trata de eliminar toda vinculación con Occidente. Trágicamente actuales son los esfuerzos ejercidos contra Príncipes de la Iglesia con la pretensión de ir cercando lo más representativo que pudiera oponerse a la labor de aislamiento y separación del Oriente.

Aislamiento espiritual y religioso: culturas propias, modeladas con arreglo al patrón oficial de la nación dominadora rompiendo con las particularidades tradicionales, e «Iglesias nacionales» liberadas del «yugo» romano para someterlas a la esclavitud moscovita.

¿Qué ocurre en ese Oriente? Continuando la serie de números publicados con vistas a responder a esa pregunta, en el presente desdoblamos la cuestión en una serie de ellas.

En el terreno religioso tratamos de exponer, en forma de síntesis, una idea del pasado y del presente, para llegar a conjeturar sobre el futuro, viendo la salvación única del caos actual en la renovación de la fe cristiana a través de la Devoción y consagración al Divino Corazón.

En el político-religioso, mostramos un bosquejo de la forma de actuar las fuerzas dominadoras para, en acción progresiva y ordenada, ir llegando al fin propuesto de la desarticulación y desarraigo de las esencias cristianas, que en sí constituyen el más firme obstáculo a la absorción pretendida.

Bueno será conocer cuanto se hace en Oriente, para más y mejor pedir a Dios nos libre de saberlo por experiencia directa.

PLURA UT UNUM: **Cristo ha de reinar en Rusia**, por Santiago Morillo, S. I. (págs. 122 y 123); **¿Se extiende el Patriarcado de Moscú?**, por Manuel Candal, S. I. (págs. 124 a 128); **Cuadro general del desarrollo histórico de la unificación de las Iglesias de Ucrania**, por George G. Karmanin (págs. 129 a 131); **«Las fuentes del cristianismo ruso popular»**, por Alexis Marcoff (págs. 131 a 133); **Táctica comunista para el dominio de los países ocupados**, por P. Orduna, S. I. (págs. 134 a 136); **Rumania: La unión con Roma y los intereses nacionales**, por Cornelio Rotaru (págs. 137 y 138).

A LA LUZ DEL VATICANO: **Benjamín Disraeli, precursor del sionismo (y II)**, por José-Criol Cuffi [Canadell] (págs. 139 y 140).

COLABORACION: **¿Quiénes protegen la pornografía?** (págs. 141 y 142); **La Virgen de la Luz en nuestra península**, por José M.^a Solá-Morales (págs. 142 y 143).

DE ACTUALIDAD: **Alocución del Papa al Sacro Colegio, sobre la condena del Cardenal Mindszenty. — Los sacerdotes católicos de rito oriental son cruelmente perseguidos en Rumania. — «Un gran día en la historia del mundo...»**, por J. O. C. (pág. 144).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL



**LA QUESTION
DE
PALESTINA**

«No, no se pronunciará por ahora la última palabra. Seguirá, en toda su crudeza, la tragedia de aquel pueblo que, por su protervia que culminó en el deicidio, pasó de la condición de pueblo escogido a la de pueblo reprobado. Seguirá, mientras se empeñe en cerrar los ojos a la luz de la verdad, mientras desoiga los insistentes llamamientos de Yahveh consignados en el Texto sagrado, mientras permita que sean avaladores de sus destinos los que precisamente forman un frente común contra la Iglesia católica, que no se cansa de elevar a Dios sus súplicas por la conversión de los judíos. Seguirá la tragedia, repetimos, a pesar de unas componendas y unos parches que el tiempo se encargará de demostrar que son puramente provisionales.

»Tal es la lección que, por lo que respecta a nosotros, hemos aprendido en las enjundiosas páginas que con maestría de cumplido profesional ha escrito el autor.»

Del Prólogo original
del M. I. Dr. CIPRIANO MONTSERRAT, canónigo.



PIDA HOY MISMO EJEMPLARES DE LA OBRA

**LA QUESTION
DE
PALESTINA**

A LA ADMINISTRACION DE «CRISTIANDAD»

Precio del ejemplar: 5 ptas.

La Parroquia
con sus
dependencias
sociales,
es el centro
de la
vida católica.

V. H.

CRISTIANDAD

NÚMERO 120-AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

15 de Marzo de 1949

Granv. 1, 1.º - Teléf. 225675
MADRID



A S. S. PIE XII, PAPE EN LA CINQUANTIÈME ANNÉE DE SON SACERDOCE LA ONZIÈME DE SON PONTIFICAT SUPRÈME LA CINQUANTIÈME DE LA CONSECRATION DU GENRE HUMAIN AU SACRÉ CŒUR L'APOSTOLAT DE LA PRIÈRE OFFRE L'EXPRESSION DE SA JOIE L'HOMMAGE DE SON ENTIER DEVOUEMENT ET SA PRIÈRE INNOMBRABLE

Se aproxima la fecha en que se cumplirá el Cincuentenario de la Consagración del Universo al Sagrado Corazón.

Resulta de enorme importancia, a propósito de la conmemoración de tan solemne acontecimiento, poner de relieve algunos hechos que apuntan hacia una comprensión cabal de lo que significa esto para nosotros.

Por eso nos complacemos en reproducir unos fragmentos del número de marzo del Messenger du Cœur de Jésus, publicado por el Apostolado de la Oración de Francia (Toulouse).

Del mismo modo la dedicatoria que encabeza esta página y el retrato de Pío XII que la acompaña, lo hemos reproducido de la página que abre el citado número del Messenger.

Le Jubilé de la Consécration de l'Univers au Sacré Cœur

Le prochain mois de juin ramènera le cinquantième anniversaire de la Consécration du genre humain au Sacré Cœur.

Léon XIII disait que c'était «le plus grand acte de son pontificat». Une profonde émotion souleva le monde chrétien quand parut l'encyclique *Annum Sacrum*, par laquelle le Pape annonçait à l'univers sa décision et en donnait les motifs. Très souvent, depuis lors, la conclusion de la lettre pontificale fut reproduite comme un cri de foi et d'espérance.

A l'époque plus rapprochée de ses origines, où l'Eglise subissait le joug des Césars, la croix, apparue dans le ciel à un jeune empereur, fut le signe et le principe d'une victoire complète.

Voici que, de nos jours, se présente à nos regards un autre présage favorable et tout divin: c'est le Cœur très sacré de Jésus, surmonté d'une croix, brillant au milieu des flammes. En lui doivent se placer toutes nos espérances... C'est à lui qu'il faut demander et de lui qu'il faut attendre le salut de l'humanité.

Quel commentaire font à ces paroles du Pape les événements qui ont suivi! Deux guerres universelles qui ont semé partout les ruines et la mort. Le monde entier vivant sous la menace d'une guerre nouvelle qui serait l'anéantissement de l'humanité. Or, tout ceci coïncide avec un mouvement continu des peuples vers le matérialisme et la paganisation. Dieu est nié, combattu; il est «mort», comme on dit et voilà où on en vient. Il ne s'agit pas d'une coïncidence. Il s'agit d'une loi. Comme l'effet est dans la cause, le malheur du monde est dans l'oubli de Dieu.

Mais Dieu reste bon. Mais des âmes sans nombre l'aiment et le servent et partout.

Mais la consécration de l'univers au Cœur de Jésus, prononcée par Léon XIII, renouvelée par tous ses successeurs, reprise par les évêques de la catholicité et les fidèles de l'univers catholique, tout cela demeure comme une certitude de retour à Dieu.

Léon XIII ne s'est pas trompé. C'est du Cœur de Jésus «qu'il faut attendre le salut de l'humanité».

Ce qu'il faut obtenir, c'est que les hommes, enfin, ouvrent les yeux et comprennent où est leur salut.

Pour nous, Directeurs et Associés de l'Apostolat de la Prière, cette vérité est notre force. Dès l'origine, sous l'impulsion du P. Ramière, le *Messenger* s'en est fait l'apôtre. La consécration du genre humain avait été préparée par celle qu'en 1875 le P. Ramière avait obtenue de Pie IX. Nous aurons à cœur, en ce mois de juin, de nous préparer au renouvellement de cette consécration et d'obtenir dans tous nos groupes et nos centres qu'elle soit faite réellement, efficacement.

Nous offrons à nos Directeurs qui le désireraient un petit volume qui leur permettra de bien faire saisir à leurs Associés les raisons historiques, théologiques, sociales de l'acte de Léon XIII.

Nous leur enverrons gratuitement un ouvrage intitulé: *Vers la quatrième année jubilaire*. Il contient, outre l'historique de la consécration de juin 1889, des articles qui exposent les raisons éternelles et actuelles d'espérer dans le Cœur divin.

L'ouvrage a été publié en Espagne. La belle rigueur des thèses, la fermeté de leur affirmation, la netteté de leurs conclusions étonneront peut-être chez nous où les circonstances nous obligent, tout en conservant et affirmant notre foi, à des prudences nécessaires. Mais il nous est facile d'adapter à nos milieux une doctrine qui est nôtre.

Cristo ha de reinar en Rusia

Es opinión generalizada que el ambiente de las Iglesias orientales, particularmente de Rusia, es francamente hostil a la devoción al Corazón de Jesús; algunos llegan hasta a afirmar la incompatibilidad del espíritu oriental con el culto al Sagrado Corazón.

Alejandro A. Lebedief, párroco de la iglesia rusa disidente de Praga, publicó el año 1887 en Varsovia un entero volumen, consagrado a la devoción del Corazón de Jesús, y en él concluye que el culto concebido por Santa Margarita María es diametralmente opuesto a la mentalidad del oriente, siendo como es genuina expresión de la espiritualidad latina.

Más popular es otro opúsculo del mismo género, de autor anónimo, editado en Vilna en 1896. Dice así textualmente sobre la devoción al Corazón de Jesús: «Cuán reprochable es que los cristianos ortodoxos entren en la confraternidad latina del Escapulario del Corazón de Jesús.»

El Diccionario enciclopédico ruso y los manuales teológicos, como el tan conocido de Nicolás Malinowsky, se hacen eco de los prejuicios ortodoxos y anticatólicos, contra la devoción al Corazón de Jesús. Recientemente ha escrito el filósofo ruso Vysheslavcef que el culto católico al Corazón de Jesús es «un barroco religioso», que repugna al sentido religioso y estético del Oriente.

Creemos, sin embargo, que toda esta animosidad de los escritores rusos es fruto de un conocimiento superficial del origen y práctica de la devoción al Corazón de Jesús en la Iglesia latina. Así lo ha demostrado ampliamente en un concienzudo estudio filosófico-teológico el señor Alfonso Cuk, publicado el año 1941 con el título de «La Iglesia rusa y el culto del Sagrado Corazón»; la idea central de este trabajo subraya que el doble aspecto, real y metafórico, del Corazón de Jesucristo, símbolo de su amor, receptáculo de sus penas y signo de los ultrajes de los hombres, no es extraño a la mentalidad del Oriente, ni siquiera del Oriente eslavo.

El P. S. Tyszkiewicz, profesor y director espiritual del Colegio Pontificio ruso de Roma, aporta datos interesantísimos que confirman la exposición del señor Cuk. La piedad popular rusa, influenciada parcialmente por las fórmulas de la liturgia, invoca devotamente al Salva-

dor «lleno de misericordia», «lleno de compasión», «dulzura y bondad sin límites», etc. Lo mismo en las iglesias que en familia, rezan gustosamente el acafisto o letanías al «Dulcísimo Jesús». Y aunque es verdad que esto no es aún la devoción al Corazón de Jesús, encierra con todo su espíritu, sus mismos principios y presupuestos dogmáticos.

En un artículo sobre el Oriente y la devoción al Corazón Deífico, el P. Mauricio Gordillo, entusiasta del venido de Cristo en Rusia mediante la devoción al Corazón de Jesús, avanza un paso más y escribe que «cuando los escritores disidentes, sin preocuparse de la polémica antilatina, dejan correr libremente la pluma, no es raro que escriban sobre el Corazón de Cristo páginas que podrían hacer suyas los más celosos apóstoles de esta devoción».

El famoso misionero de Siberia, el archimandrita Macario, consolando a una pobre madre, le escribe: «Que Jesucristo, Señor y Dios nuestro, sea el centro de todas vuestras alegrías y de todas vuestras penas, hasta el punto que vuestro corazón, unido por la fe y por el amor a su Corazón, le confíe todos sus secretos; que encuentre vuestra alma dulcísimo consuelo en la unión de vuestro corazón con el Corazón de Jesucristo; que halle en el Corazón de Jesús la purificación de todo desorden, de todo defecto, de todo residuo del espíritu del mundo.» Los escritos de este gran misionero de los paganos están plagados de frases semejantes, que indican cómo vivía en medio de sus trabajos apostólicos la devoción al Corazón de Cristo.

Otro Macario, el célebre «staretz» (padre espiritual), escribía a un «ortodoxo», dirigido suyo: «Buscad el remedio en Nuestro Señor, lleno de misericordia; la llaga de su Corazón perforado, Corazón lleno de caridad, está abierta para todos; la sangre que manó de su purísimo Costado ha lavado, y está siempre dispuesta a lavar las manchas de nuestros pecados». Y en otro pasaje escogido igualmente al azar, dice: «Qué hermosamente habló sobre Dios el que dijo: El árbol, de que se hizo tu Cruz, arraigó sobre el terreno de tu Corazón.»

Otro popularísimo representante de la auténtica espiritualidad rusa, el «staretz» Zosima, indica la misma fuente de misericordia: «Jesucristo no solamente ha abierto



RAZON DE ESTE NUMERO

Temática inagotable, de constante actualidad, el del oriente europeo. Diversidades raciales y disparidades de cultura y religión mantienen latente la llamada cuestión entre Oriente y Occidente. Oriente movido por ocultas fuerzas que cada vez más descaradamente muestran su signo anticristiano, trata de eliminar toda vinculación con Occidente. Trágicamente actuales son los esfuerzos ejercidos contra Príncipes de la Iglesia con la pretensión de ir cercando lo más representativo que pudiera oponerse a la labor de aislamiento y separación del Oriente.

Aislamiento espiritual y religioso: culturas propias, modeladas con arreglo al patrón oficial de la nación dominadora rompiendo con las particularidades tradicionales, e «Iglesias nacionales» liberadas del yugo romano para someterlas a la esclavitud moscovita.

¿Qué ocurre en ese Oriente? Continuando la serie de números publicados con vistas a responder a esa pregunta, en el presente desdoblamos la cuestión en una serie de ellas.

En el terreno religioso tratamos de exponer, en forma de síntesis, una idea del pasado y del presente, para llegar a conjeturar sobre el futuro, viendo la salvación única del caos actual en la renovación de la fe cristiana a través de la Devoción y consagración al Divino Corazón.

En el político-religioso, mostramos un bosquejo de la forma de actuar las fuerzas dominadoras para, en acción progresiva y ordenada, ir llegando al fin propuesto de la desarticulación y desarraigo de las esencias cristianas, que en sí constituyen el más firme obstáculo a la absorción pretendida.

Bueno será conocer cuanto se hace en Oriente, para más y mejor pedir a Dios nos libre de saberlo por experiencia directa.

PLURA UT UNUM: **Cristo ha de reinar en Rusia**, por Santiago Morillo, S. I. (págs. 122 y 123); **¿Se extiende el Patriarcado de Moscú?**, por Manuel Candal, S. I. (págs. 124 a 128); **Cuadro general del desarrollo histórico de la unificación de las Iglesias de Ucrania**, por George G. Karmanin (págs. 129 a 131); **«Las fuentes del cristianismo ruso popular»**, por Alexis Marcoff (págs. 131 a 133); **Táctica comunista para el dominio de los países ocupados**, por P. Orduna, S. I. (págs. 134 a 136); **Rumanía: La unión con Roma y los intereses nacionales**, por Cornelio Rotaru (págs. 137 y 138)

A LA LUZ DEL VATICANO: **Benjamín Disraeli, precursor del sionismo** (y II), por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 139 y 140).

COLABORACION: **¿Quiénes protegen la pornografía?** (págs. 141 y 142); **La Virgen de la Luz en nuestra península**, por José M.^a Solá-Morales (págs. 142 y 143).

DE ACTUALIDAD: **Alocución del Papa al Sacro Colegio, sobre la condena del Cardenal Mindszenty.—Los sacerdotes católicos de rito oriental son cruelmente perseguidos en Rumanía.—«Un gran día en la historia del mundo...»**, por J. O. C. (pág. 144).
Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.

la puerta de su Corazón, lleno de amor; El quiso perforarlo con una lanza, para que corriese sin interrupción su Bondad y Caridad, sobre todos aquellos que recurren a El, nuestro Padre y dulcísimo Creador.»

Retrocediendo en la historia de la espiritualidad rusa, encontramos igualmente elementos de devoción al Sagrado Corazón en uno de los más grandes santos de la «ortodoxia», el arzobispo Ticón Zadonsky († 1783). En una de sus cartas exclama: «Oh, Corazón, inflamado de amor por los enemigos... Oh, Jesús, Caridad eterna, danos corazones semejantes, entristecidos por la miseria de nuestros enemigos...» Y en otra parte escribe: «Su caridad se compadece de sus enemigos. Ved al Corazón de Jesús, lleno de misericordia por ellos.»

Quizá en este lenguaje, bastante generalizador de los escritores ascéticos rusos, influyen los escritos del célebre Demetrio, obispo de Rostof († 1709), contemporáneo de Santa Margarita María. Muchos son los textos que prueban la tierna devoción del santo obispo al Corazón herido del Redentor. Oigamos un párrafo de su «Llanto en la sepultura de Cristo». «¿Qué contemplo?... Atravesado el costado de Aquel, que del costado de Adán formó la compañera del primer hombre. Pero ahora el Esposo celestial forma de su Costado a la que es esposa suya dilecta y madre nuestra amadísima, la Iglesia santa... Veo atravesado el Costado por la lanza de hierro larga y penetrante, que desgarrando el pecho se hundió en él hasta tocar el Corazón y herirlo... Hirió el Corazón que era fuente y manantial de todo amor; hirió el Corazón, que habiendo amado a los suyos que tenía en el mundo, los amó hasta el fin; hirió el Corazón compasivo y misericordioso, lleno de bondad para todos los que sufren. El Corazón de Cristo ardía con un amor sin medida por los hombres. Para mitigar tanto ardor el hierro frío abrió una herida en el Corazón, para que el viento helado amortiguase el calor del Corazón, divino...» Y tras algunos párrafos inflamados, hace llegar hasta nosotros el asceta ruso el llamamiento suave del Corazón abierto, a través del cual Cristo dice a los hombres: «Yo te amé, ámame tú; no quiero de ti más que este amor; por todos mis sufrimientos, por mis dolores por mis llagas, no pido nada fuera de tu amor.» Y en otro lugar de sus obras invita a los infieles: «Acércate en espíritu a Cristo Redentor; miralo con ojos llenos de compasión, contempla los cardenales de su cuerpo, venera con corazón contrito los dolores de su Corazón... Quiso sufrir en su Corazón para que el hombre lo amase con todo su corazón.» Podemos ciertamente afirmar que, según Demetrio, la perfección cristiana se resume en la caridad que brota del Corazón de Jesús.

Podríamos aún aducir múltiples testimonios de las Iglesias separadas de Roma, que hablan y escriben el mismo lenguaje de devoción al Corazón misericordioso del Redentor. Terminaremos con dos hechos harto significativos.

Un piadoso «ortodoxo», con la aprobación del Santo Sínodo de Petrogrado, emprendió la traducción de un libro del P. Tomás de Andrade, portugués, religioso ermitaño de S. Agustín, en el que la caridad del Corazón de Jesús tiene un relieve importantísimo. Obra voluminosa, que exhorta a los cristianos a adorar al Corazón de Jesús y a hacer actos de consagración y reparación por los ultrajes hechos al Corazón amantísimo de Jesús. Las ediciones rusas de este libro han tenido larga difusión en la Rusia «ortodoxa» y ha alimentado la piedad de monjes y pueblo.

El R. P. Mauricio Gordillo en el artículo antes citado nos consigna esta anécdota personal. «Recuerdo, dice, que hace ya 24 años, al pasar por Salónica, me regalaron una imagen, impresa en el monasterio del Pantocrator del Monte Athos con el Corazón divino cercado de espinas, coronado por la cruz y las llamas: de la herida abierta manaba la sangre divina, que llenaba el cáliz eucarístico.»

Es lícito, pues, concluir que, aunque en Rusia y el Oriente separado no exista el culto al Corazón de Jesús tal y como existe en la Iglesia Católica, hay, sin embargo, un clima propicio, que promete un porvenir glorioso para esta salvadora devoción, sobre todo en los medios «ortodoxos» verdaderamente religiosos, no contaminados con los prejuicios anticatólicos.

Unidos en Cristo, ¿por qué no unirnos también en su amor y reparación que son los elementos esenciales de la devoción al Corazón de Jesús? Las perspectivas son magníficas, dadas las circunstancias por que atraviesa el mundo separado, particularmente Rusia, que se desintegra religiosamente bajo la solapada y astuta persecución de los soviets. Cristo, el verdadero Cristo, el Cristo de San Pedro y de la Iglesia una, ha de reinar en Rusia y en el Oriente, a través de la devoción a su divino Corazón.

Este halagüeño panorama se funda en las conquistas logradas ya en los medios orientales unidos a Roma.

A fines del siglo XVII, pocos años después de las revelaciones de Santa Margarita María de Alacoque, echaba raíces la devoción al Corazón de Jesús entre los melquitas de Siria y los maronitas del monte Libano, y todavía se conserva lozana y pujante en estas regiones del oriente mediterráneo. Los Sinodos de diversos ritos orientales recomendaron fervorosamente la introducción de esta devoción en sus Iglesias: el alejandrino para los coptos, el sciarfense para los sirios, el malankar, armenio, ruteno, etcétera. El ruteno no ha dudado, respondiendo al deseo espontáneo de los fieles ucranianos, adoptar las prácticas de culto usadas en la Iglesia latina.

Los mismos rusos, cuando conocen esta devoción y se someten al reinado católico de Cristo, encuentran en la devoción al Corazón de Jesús, la síntesis de su espiritualidad y la quinta esencia de su alma oriental. El conde Gregorio Petrovich Suhvalof, más tarde religioso barnabita, cuenta la impresión que se apoderó de él cuando, en el noviciado de Monza y más tarde en la casa de estudios de San Carlos en Roma, tuvo conocimiento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. «Durante el noviciado, escribe, oí por primera vez hablar de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; pero en Roma, en medio de mis compañeros de estudio, todos devotos piadosos y celosos de este Corazón divino, comprendí mejor el valor de esta conmovedora y profunda devoción. Corazón de Jesús, entonces aprendí a adoraros.»

Elocuente testimonio de cómo el alma oriental es magnífico receptáculo del culto al Corazón de Jesús es el siguiente hecho. El 4 de septiembre de 1873, un reducido grupo de rusos, recientemente convertidos al catolicismo y acompañados por tres padres jesuitas rusos y una princesa rusa católica, depositó sobre el altar de Paray-le-Monial un estandarte ofrecido por todos los rusos admitidos hacia poco en la unidad católica. Las inscripciones del estandarte son todo un poema. En un lado lleva bordada la imagen de San Juan Evangelista, el apóstol de la caridad, con esta inscripción en ruso: «Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón». Por el otro lado aparece la imagen del Sagrado Corazón con estas palabras en latín: «El pequeño rebaño de rusos, que pertenecen al redil de Pedro, rogando al Sagrado Corazón de Jesús por su patria.»

No puedo dejar de recordar las palabras del padre Donato Novicki, misionero ordenado en la isla Solovki, donde penaba en aquel campo de concentración. «Mediante la devoción al Corazón de Jesús, consolaba a los católicos, infundía en todos sentimientos de resignación en los trabajos y conquistaba almas ortodoxas a la unidad de la Iglesia Católica.»

Es la devoción de conquista del mundo oriental, es el culto que llevará hasta los confines de Solovki y de Siberia el ansia de unidad católica, es el culto que extenderá el reinado de Cristo por todas las regiones donde hoy prospera la división y el cisma.

Santiago Morillo, S. J.

¿Se extiende el Patriarcado de Moscú?

Datos previos aleccionadores

Antes de la revolución de 1917, el número de iglesias en Rusia subía a 40.407, los obispos eran 130 y tenían a sus órdenes 50.960 sacerdotes. Se desató la racha del bolchevismo, y, según una estadística oficial soviética de 1941, los templos se vieron reducidos a 4.255, los obispos que conservaron sus puestos fueron solamente 28, y 5.665 los sacerdotes. Bien entendido que en estos números (y en todo lo que en este artículo digamos) sólo nos referimos a la Iglesia ortodoxa o cismática, pues de catolicismo es inútil hablar tratándose de la Rusia contemporánea. Unos años más de imperio comunista, y hasta el nombre mismo de Cristo parece que había de borrarse por completo, sin dejar traza alguna de religión, en ese pueblo tan singular que, en pasadas edades, blasonaba de no conocer otro dictado de gloria que el de «la Santa Rusia».

Y, sin embargo, el Metropolitano Nicolás de Krutitsy, venido oficialmente de Moscú a París en septiembre de 1945, declaraba que existían entonces en Rusia 89 diócesis con unos 100 obispos. Un año más tarde, también en París, el obispo Focio de Orel hablaba de 90 diócesis. Tal vez estos datos sean sólo *en parte* proyectos para el porvenir, o quizá incluyan también las diócesis y obispos de América, pues no concuerdan exactamente con las cifras dadas en Praga por el Presidente de Negocios de la Iglesia ortodoxa rusa, Jorge Karpov, quien, en un comunicado de junio de 1946, afirmaba ser 65 el número de diócesis del nuevo Patriarcado. De todas maneras, según datos de septiembre de ese mismo año, nos consta que en el Sínodo de enero-febrero de 1945 (cuando fué elegido el Metropolitano de Leningrado, Alejo, como actual Patriarca moscovita) se estudió la división de la Iglesia rusa en 89 diócesis, y que en la actualidad existen ya de hecho unas 72.

Ha habido, pues, no se puede negar, un cambio radical de nueve años a esta parte en la política soviética por lo que concierne a sus relaciones con la Iglesia rusa; y es sintomático que, precisamente, comience este período de bonanza (llamémosle así), pero que tanto todavía desorienta a no pocos, con el principio de 1939, cortando de golpe la violenta persecución religiosa de los dos años precedentes, que segó tantas vidas y haciendas, sobre todo entre los personajes del alto clero. Hasta el famoso *Beszboznik* (El Ateo), órgano de propaganda del ateísmo ruso militante, dejó de salir en septiembre de 1941 «por falta de papel» (!), como entonces se dijo.

Medida política, ninguna variación en el ideario bolchevique

El paso que más ha llamado la atención en el cambio de la política religiosa de Rusia es, sin duda, la nueva erección del Patriarcado de Moscú, rehusada antes tenazmente por dieciocho años. Pero el 4 de septiembre de 1943 señala una nueva época en los fastos religiosos del pueblo ruso. Y cada vez parece que goza más del favor soviético el Patriarcado moscovita. Antes, los bolcheviques deprecaban la Iglesia; ahora le conceden no pocas ayudas materiales. El Patriarcado mismo que, al principio, hubo de contentarse con una mansión solitaria y pobre, ahora os-

tenta como sede las espaciosas propiedades de otros tiempos de la Embajada alemana. A la Iglesia, amén de darle muy reducidos los impuestos gubernativos, se le han devuelto numerosos edificios, capillas, conventos y monasterios célebres, como el de «Las Grutas» de Kiev y el de «La Santísima Trinidad» cerca de Moscú, y catedrales tan famosas como la de la Asunción en el mismo Kremlin, consagrada de nuevo en las fiestas de Pentecostés de 1946 por el Patriarca, y la de la Trinidad de Pskov, rehabilitada también por el Patriarca Alejo a fines de julio del mismo año.

En Moscú, cuando comenzó la nueva táctica en 1939, las iglesias abiertas al culto eran sólo 15, escondidas y de poco nombre. Con la restauración del Patriarcado subieron pronto hasta unas 50, y en la actualidad el mismo señor Karpov calculaba, no hace mucho, que habría en todo el territorio ruso, con culto efectivo, unas 25.000, casi todas parroquias, asistidas por 30.000 sacerdotes, poco más o menos. De 1944 a la mitad de 1946 se restituyeron al culto 837 iglesias; número relevante, que hizo resaltar el señor Karpov en recientes declaraciones (de «*Irénikon*», 1946, p. 351). La Iglesia ortodoxa rusa recibe también del Estado subsidios económicos para abrir centros de enseñanza, donde se eduque el nuevo clero. Según datos del Metropolitano de Krutitsy, funcionarían ya 10 de estos centros teológicos en las principales ciudades. De hecho, el 8 de septiembre de 1944, se inauguró el Instituto teológico de Moscú en el «Nuevo Monasterio de las Vírgenes», y se ha abierto también una Academia eclesiástica en Leningrado. ¿Qué más? Hasta una tipografía ha puesto el Estado soviético a disposición del Patriarcado moscovita.

Y ¿por qué así? No creo que haya nadie tan cándido que pueda suponer que los comunistas rusos y Stalin, su jefe, se hayan convertido de la noche a la mañana, sin mudar de ideario, en personas pías; ni que el Gobierno bolchevique, aun dándose cuenta de la divergencia de su credo materialista con el de la Iglesia, quiera respetar la religión como la gran fuerza moral de la mayoría del pueblo ruso. Si así fuera, no pondría trabas a la misión divina de esa misma Iglesia que, al parecer, toma bajo su tutela; en concreto, no se opondría a la libre predicación del Evangelio ni a la educación cristiana de la juventud. Y, sin embargo, la ley sigue siendo ley. Los que hayan leído mi escrito sobre la inteligencia y aplicación del famoso artículo 124 de la Constitución staliniana (Revista *Sal Terrae*, marzo 1947, pp. 218-225), saben ya a qué atenerse en asunto tan delicado y trascendental. Por ese artículo 124 queda aún en vigor el párrafo 122 del Código penal de 1926, por el que se condena a una sanción mínima de un año de trabajos forzados a quienquiera que enseñe religión a los menores de dieciocho años; ni sabemos con qué fundamento ha podido afirmar «*Irénikon*» (1946, p. 78) que era universalmente permitida ahora la enseñanza religiosa a los jóvenes que sobrepasan esa edad. Aquí, en Roma, tenemos información directa de las cosas de Rusia, y nada sabemos de semejante permiso. Sabemos, en cambio, que en el Concilio de Moscú de 1945 declaró Karpov como *intangibles*, aun para el futuro (es decir, aun patrocinada por el Estado la nueva situación religiosa), los principios básicos de la Constitución de Stalin.

Bien pueden los prelados rusos, vendidos al Soviét, enaltecer en sus frecuentes viajes al extranjero la nueva maravillosa libertad de Rusia; pero, cuando descienden a enumerar las franquicias de esas libertades, sólo hablan de la libertad de culto externo, y eso sólo dentro de las iglesias (1). Todas las demás actividades de la Iglesia, o no existen, o están férreamente controladas por el Estado, aun la enseñanza en los centros permitidos para la formación del clero y la predicación homilética del culto.

Expansión del Patriarcado ruso

En cambio, favorece el Estado soviético la expansión del Patriarcado de Moscú, con gran lujo de gastos en viajes y representación ante el extranjero de altas personalidades eclesiásticas. Nicolás Rivakov, de los rusos de América, deplora en la Revista «Rossiya» (Rusia) de Nueva York (16 marzo 1946) que el Gobierno ateo de Stalin abuse de la Iglesia como de una esclava, haciendo de ella una arma ciega de la política comunista. Sabe muy bien el Gobierno ruso que esos prelados en el extranjero se han de hacer eco, solamente, de lo que se permite predicar en Moscú; y en Moscú, por ejemplo, se escriben estas frases en las columnas del *Boletín del Patriarcado* (enero 1946, firmado sac. M. Zernov): «El 10 de febrero próximo (día de la apertura de propaganda electoral comunista) es domingo. En todas las catedrales, iglesias y monasterios de Rusia se celebrará ese día el incruento Sacrificio... Los ministros de Dios subirán con honda conmoción al púlpito y bendecirán su grey, para que todos den el voto a los candidatos del bloque comunista. En ningún punto de la tierra florece tan pujante la acción de la Santa Iglesia como en Rusia... ¿Dónde, si no, hay un Estado que nada reclame de la Iglesia, mientras que por todas partes la rodea de tantas atenciones?»

Y lo triste es que el Patriarcado, de donde brotan tales ideas, se extiende por el mundo, y con él el comunismo soviético. Fijémonos en estos datos cronológicos tan elocuentes de por sí. En abril de 1945, a raíz de la entrada de las tropas rusas en Bulgaria, una delegación eclesiástica del Patriarcado moscovita se dirigió a Sofía. Al frente de ella iba el arzobispo Gregorio de Pskov. Contemporáneamente también el obispo Sergio de Kirovgrado llevaba a Yugoslavia la representación de la Iglesia rusa. Un mes más tarde, el obispo Jerónimo de Kisinev era enviado a Rumanía. En mayo-junio de ese mismo año, primero de su Patriarcado, Alejo en persona visitó Siria, Palestina y Egipto; en agosto-septiembre, el Metropolitano Nicolás de Krutitsy trató en París con la comunidad rusa desterrada; y en septiembre-octubre se llegaba hasta Finlandia el Metropolitano Gregorio de Leningrado. A Georgia acudió el Patriarca mismo, por octubre; mientras el arzobispo Focio de Orel y Briansk se entretenía con toda calma en Austria y en Checoslovaquia.

Durante el año siguiente, 1946, asistimos también a no pocos viajes de propaganda y expansión del Patriarcado de Moscú: en febrero, Sergio de Kirovgrado iba a la cabeza de una delegación rusa a la Iglesia de Serbia; en mayo y junio, Alejo, por sí mismo, visitó Bulgaria; en junio, el Encargado soviético de Negocios eclesiásticos, Jorge Karpov, se presentó en Praga; en noviembre, Gregorio de Leningrado volvió a recorrer las iglesias de Siria, Palestina y Egipto, ya encauzadas el año anterior hacia Moscú por el Patriarca Alejo; por fin, en diciembre, Nicolás de Krutitsy participó, en calidad de delegado oficial de Moscú, al Congreso paneslavo de Belgrado.

(1) No poca propaganda hacen de esta libertad las Agencias soviéticas en el extranjero. Aquí, en Roma, la «Tass» expone con frecuencia en los escaparates de la prensa comunista fotografías del culto religioso en Rusia. Por eso en nuestro Pontificio Instituto Oriental se han podido ilustrar al día con recientísimas fotos las varias conferencias que se van teniendo sobre el Patriarcado de Moscú.

En 1947 hizo un largo recorrido por Norteamérica Gregorio de Leningrado, y en el verano último el mismo Patriarca Alejo visitó la Iglesia Ortodoxa Rumana. Finalidad de todos estos viajes es la expansión del Patriarcado moscovita, que quisiera acoger bajo su égida a todas las Iglesias autocéfalas Orientales, y aun someter al imperio de Moscú —la Tercera Roma—, en un solo Patriarcado, los cuatro restantes de Constantinopla, Alejandria, Antioquía y Jerusalén. Como si no se viera bien claro ondear esta bandera de absorción en todas las páginas del *Boletín Patriarcal*, donde se dan amplias relaciones de todos estos viajes propagandísticos, tenemos como prueba las últimas palabras del Patriarca Alejo en su visita a Bucarest: «Hoy día un frente ortodoxo es de todo punto necesario. Debemos actuarle. En vez de muchas Iglesias Orientales dispersas, hemos de conseguir una grande Iglesia ecuménica Ortodoxa, unida, y de veras viviente» (*Service Oecuménique de Presse et d'Information*; Ginebra, 25-27 junio 1947).

Hacia el ecumenismo

El primer brote de este anhelo de invasión universal lo obtuvo a maravilla el Patriarcado de Moscú (más de lo que entonces imaginaba, sin duda) en el Sinodo ruso de enero-febrero de 1945. En él estaban representadas, con Rusia, ocho Iglesias cismáticas: el nuevo Patriarcado moscovita y los de Alejandria, Antioquía, Constantinopla, Jerusalén, con las Iglesias de Georgia, Serbia y Rumanía.

De entonces acá, si bien es cierto, como luego veremos, que se han entibiado algo las relaciones con alguno de esos centros y que ya no puede contar Moscú con la adhesión de Constantinopla, el influjo del Patriarcado ruso ha ido dilatándose e imponiendo su autoridad a unos veinte pueblos, de grado o por fuerza (2). No es, pues, de extrañar que el Patriarcado moscovita dé cuenta en su *Boletín*, con aire de triunfo, de cada una de las visitas que las altas Jerarquías ortodoxas del extranjero han ido haciendo, como a «hermana mayor», a la Iglesia de Rusia: el Exarca de Bulgaria, Esteban, en junio de 1945; una delegación checoslovaca en enero de 1946; en octubre del mismo año el Patriarca de Rumanía; y no se sabe de cierto si en el mes siguiente, el Patriarca Gabriel, de Serbia, haya visitado también Moscú antes de volver a Belgrado.

Pero la prueba más palpable de las miras imperialísticas de ecumenicidad del Patriarcado ruso hay que verlas en el proyecto (gracias a Dios fracasado) de convocar un *Congreso Panortodoxo*, que debía haber tenido lugar en la capital soviética en septiembre del año pasado. Había de ser universal, no sólo por las Iglesias que en él tomarían parte (pues fueron invitados los cuatro Patriarcados históricos del Oriente, Constantinopla, Alejandria, Antioquía y Jerusalén; los Patriarcas de Serbia y Rumanía; las Iglesias de Chipre y de Grecia; el Exarca de Bulgaria; el Metropolitano de Albania; el «Kathólikos» de Georgia), sino más que nada por el carácter, que en la mente de los organizadores asumía el proyecto, de erigir un bloque totalitario de la Ortodoxia Cristiana frente a la nota de *catolicidad* de la verdadera Esposa de Cristo, cuya cabeza es el Papa. Los puntos mismos del programa que se debía desarrollar, están indicando a las claras las tendencias ambiciosas del Patriarcado de Moscú. No solamente se examinarían las relaciones con el Vaticano de la Iglesia Panortodoxa, acogida en Rusia, la única con derecho a la expansión universal, como inde-

(2) En este respecto se debe tener en cuenta ante todo la anexión «voluntaria», como se la ha llamado, del pobre pueblo Ruteno. Véase la tragedia de tantos hermanos católicos en esta misma Revista (CRISTIANIDAD, núm. 57, págs. 286-288: *La Iglesia Rutena Católica*, por León Lopetegui, S. J.), y, por lo que atañe a su paso «oficial» a la Iglesia cismática moscovita, mi artículo en la publicación de Comillas, SAL TEKRAE, enero 1947, págs. 62-65, y febrero siguiente, págs. 134-136.

PLURA UT UNUM

pendiente que es de todo favor político (1) (1.º y 2.º puntos), sino también, ensanchando los senos de la cristiana caridad, se vería el modo de hacer entrar en la Ortodoxia las Iglesias protestantes con el reconocimiento de las ordenaciones anglicanas, y aun aquellas otras Iglesias Orientales, como las de los armenios y la etiópica, tenidas siempre por los greco-rusos como heréticas (3.º y 4.º puntos) (3).

Pero, en fin, todos estos planes han quedado al aire por la oposición decidida de varias de esas mismas Iglesias, que no quieren perder su autocefalia, y, sobre todo, por la actitud del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, que sostiene la invalidez de la convocación para semejante Congreso Panortodoxo de parte del último Patriarcado de la Iglesia Oriental. Con todo, Rusia, para paliar su desacierto, ha declarado recientemente a un corresponsal de la agencia Tass (comunista), que la idea del Congreso no se ha abandonado, sino que hay que prepararla en todos sus detalles, tanto más, que sería conveniente, como han hecho notar algunas de las Iglesias convocadas, hacer coincidir el Congreso con las próximas celebraciones del quinto centenario de la autocefalia de la Iglesia moscovita en el verano de este año 1948 (*Serv. Occum. de Press. et d'Inform.*, 5 marzo 1948).

Conquistas y reveses

Tenemos ahora que retroceder, en orden de tiempo, hasta el Sínodo de Moscú de 1945, para ver si las actuales ambiciones del Patriarcado ruso tienen donde apoyar sus ansias de expansión. Muchas han sido las conquistas, pero también no pocas las decepciones, y cada vez mayores las dificultades que salen al paso al infatigable Patriarca Alejo. Recorramos, en una vista de conjunto, las diversas regiones de sus añorados dominios.

Finlandia y colonias rusas fuera de Rusia

Es natural que el Patriarcado moscovita haya procurado ante todo atraerse la Iglesia de Finlandia, a la que siempre consideró como filial suya, y a los diversos grupos de rusos que, o por fuerza de las cosas, o voluntariamente desterrados, se hallan esparcidos por todo el mundo. Con la visita de Gregorio, Metropolitano de Leningrado, quedó resuelto que Germán, el arzobispo finlandés, expresase su ardiente deseo «de volver a los brazos cariñosos de la olvidada Iglesia-Madre de Moscú», e impulsase al mismo tiempo a los monjes del lago de Ladoga, evacuados de Valaam, a retornar arrepentidos a la Iglesia moscovita. Y en aquel mismo mes (octubre 1945) toda la Iglesia finlandesa fué anexionada al Patriarcado ruso (*Boletín*, 1945, núm. 11).

También conquistó Moscú, en un primer tiempo, para la causa panrusa las dos corrientes de la comunidad eslava, expatriada de Rusia: la de París y la de Karlovtsi. Este triunfo importante fué fruto de las gestiones del Metropolitano Nicolás de Krutitsy, mano derecha del Patriarca, en su viaje a París en agosto-septiembre de 1945. Con todo, recientemente, no sólo muchos de los partidarios de Karlovtsi, con el obispo Anastasio al frente, sino también parte de los de París, después de los disturbios por la sucesión del Metropolitano Eulogio (fallecido en agosto de 1946), se han declarado de nuevo autónomos e independientes de Moscú, y han fijado en Munich su centro de resistencia.

La colonia rusa existente en Austria quedó agregada al Patriarcado moscovita en octubre de 1945 por el celo

(3) Entraban también en el programa de este Congreso otros puntos de interés más bien canónico e interno de la Iglesia Ortodoxa, por ejemplo, lo referente al Calendario (Véase la Rev. "Orthodoxia" de Constantinopla, mayo-junio 1947, págs. 160-161).

de Focio de Orel; y entonces mismo se comenzaron las gestiones para hacer otro tanto con los rusos de Checoslovaquia, que hicieron su incorporación a Moscú en enero de 1946 (*Boletín*, 1946, núm. 6). Para asegurar esta unión, y para que no quepa duda de que la expansión del Patriarcado es, al mismo tiempo, afianzamiento del régimen soviético, en junio siguiente se personó en Praga el Presidente mismo del Soviet que regula los Negocios de la Iglesia Ortodoxa, Jorge Karpov. Con esta visita quedó incorporada a Rusia no sólo la colonia de rusos allí existente, sino toda la Iglesia cismática checoslovaca. Insignificante conquista, pero conquista al cabo, que mereció ser elevada en las columnas del *Boletín Patriarcal* a las proporciones de una grande cuestión de Estado; pues quien lea la pomposa relación de lo sucedido, sacará la impresión de que la Iglesia checa es allí la Iglesia del Estado y la mayor comunidad religiosa de la nación (1) (*Boletín*, 1946, núm. 8, pp. 7 sqq.).

De los demás rusos esparcidos por las zonas de ocupación soviética, van al unísono con Moscú los de Alemania, Bulgaria, Yugoslavia, Extremo Oriente y Manchuria. En China hay dos corrientes diversas, de partidarios y de independientes; mientras que los de América, sintiendo por una parte la nostalgia de la unidad rusa, simbolizada en el Patriarcado, no se deciden, por otra, a la unión. En un primer Concilio (mayo de 1945), tenido en Chicago, rechazaron la insinuación soviética de izar la bandera comunista en los templos y de elegir un nuevo Metropolitano con el título de Exarca del Patriarca de Moscú; en el Sínodo de Cleveland (26-29 noviembre de 1946) se ha llegado a reconocer a Alejo como *cabeza espiritual* de toda la Iglesia rusa, pero no en la parte administrativa; lo que da a entender que los allí reunidos, es decir, toda la Iglesia rusa americana, no quieren ingerencias externas en el desenvolvimiento de su actuación. (*Del Mensajero de la Vida eclesiástica*, París.)

Más dóciles, naturalmente, se han mostrado los jerarcas cismáticos de aquellos pueblos que un tiempo pertenecieron a Rusia, y lograron su independencia, pero la volvieron a perder. No hay que decir, con esto, si habrá asentado su pie, con completo dominio, el Patriarcado moscovita sobre las desdichadas naciones de Estonia, Letonia y la mayor parte de la República polaca. Sin embargo, es altamente consolador ver cómo esta noble nación resiste lo que puede. Lo sabemos nada menos que por el mismo Patriarca Alejo, quien en una reciente comunicación al Patriarca Ecuménico de Constantinopla se lamentaba de que éste apoyase, contra todo procedimiento canónico, a aquellas jerarquías que, como las de Polonia, se van separando o intentan separarse de Moscú («*The Church Times*», 3 octubre 1947).

Iglesias Ortodoxas no rusas

¿Encontramos docilidad o repugnancia, en ellas, respecto al expansionismo del Patriarcado moscovita? Hay de todo; pero tengamos en cuenta, al juzgarlas, que el territorio de esas Iglesias, o está controlado directamente por el Gobierno soviético, como sucede en la Podcarpacia, arrancada al suelo checoslovaco, o está regido por Gobiernos comunistas, hechura y prolongación del Gobierno ruso. En este segundo caso entra la primera de todas, en orden de tiempo, la Iglesia de Bulgaria.

Bulgaria

La Bulgaria no participó en el Concilio de Moscú de enero-febrero de 1945, como separada que estaba del Patriarcado de Constantinopla; pero, en el mismo tiempo del Concilio, cediendo a la presión del gobierno izquierdista que Rusia la imponía, declaraba por boca del Exarca Esteban su solidaridad con el nuevo régimen. Este fué el

primer paso, *trascendental*, que permitió al Patriarcado de Moscú ceñir los laureles de uno de sus más ruidosos triunfos, cual es, sin duda, el haber liquidado la espinosa cuestión del cisma búlgaro. Tenía éste su base histórica, bien arraigada, en el *filetismo*, o independencia nacionalista, aun en los asuntos religiosos; y, precisamente, el trabajo principal del Sinodo ruso de 1945, según un escrito del sacerdote ortodoxo Evgraf Kovalevskij (4), consistió en afianzar la ecumenicidad de la Ortodoxia, ahogando en su raíz todo movimiento de independencia filetista.

Caído, pues, el cisma búlgaro, comenzó a tratar el Exarca personalmente en Moscú la unión de su Iglesia con el Patriarcado ruso. Esta quedó fundamentalmente establecida con los múltiples manejos político-religiosos del mes de julio de 1945, en las tres grandes ciudades de Moscú, Leningrado y Kiev, y asegurada por completo en mayo del año siguiente, cuando el mismo Patriarca Alejo fué a Sofía con ocasión del jubileo milenario del bienaventurado Juan de Rylia. Importancia excepcional revistió este viaje, por su trascendencia política y religiosa. Con él quedó manifiesto el influjo dominador de Rusia sobre los pueblos afines; y en lo religioso, tanto el Exarca Esteban como el arzobispo Serafín, jefe de los rusos emigrados en Bulgaria, expresaron en sus discursos el deseo de que la Iglesia rusa no solamente agrupase en torno suyo los pueblos eslavos con todos los Ortodoxos de las restantes nacionalidades, sino que debía procurar atraer a sí los otros grupos cristianos de todo el mundo (*Boletín*, 1945, núm. 9; 1946, núm. 6) (5).

Rumanía

Hace algunos años parecía Rumanía el pueblo más cercano a la unión con Roma. ¿Se ha desvanecido hoy, tal vez para siempre, esa bella esperanza? La unión con Moscú, ya en raíz preparada desde el Concilio moscovita de 1945, parece cosa hecha, en sentir de muchos, con la visita del Patriarca Nicodemo a la capital rusa en octubre de 1946. A su regreso, el 1.º de noviembre, hizo las siguientes declaraciones ante el Patriarca Alejo, a la presencia del Presidente del Soviet eclesiástico, Karpov, y del Ministro rumano en Rusia, que acudieron a despedirle: «Dejo con pena Moscú, la capital majestuosa de la Unión Soviética... Han sido estos días, en verdad, históricos para la Delegación de la Iglesia Ortodoxa rumana. Se han reanudado las tradicionales relaciones de amistad y solidaridad con la Iglesia Ortodoxa rusa, relaciones que serán cada día más íntimas; lo que nos permitirá tomar nuevas iniciativas respecto a todos los problemas de la Ortodoxia... Quiero expresar mi profundo reconocimiento a todos los representantes del Patriarcado moscovita, a Su Santidad el Patriarca Alejo, al señor Karpov, Presidente del Consejo de la Iglesia rusa, y a todo el pueblo ruso, guiado por su grande Caudillo Stalin, el creador de una nueva vida. En fin, deseo hacer constar que el Estado

(4) Lleva por título *La ecumenicidad de la Ortodoxia y la Iglesia Ortodoxa rusa*. Sostiene, entre otras cosas, el derecho del Patriarcado de Moscú a extenderse aun por fuera de los confines de la Unión Soviética. Las razones son interesantes. (Véase, por ej., págs. 48-50).

(5) Esta misma tendencia de expansión —en daño, claro está, en este caso, de la Iglesia Católica— manifestó en París, a principios de febrero del año pasado, el Exarca del Patriarcado ruso en Occidente, Metropolitano Serafín. «Uno de los temas principales que debe examinar el Patriarcado moscovita —afirmaba—, es el movimiento ortodoxo de expansión en Francia y, para eso, debe sistematizar el grupo ortodoxo ya formado de rito latino. Existe, de hecho, esta pequeñísima excisión de la Iglesia Católica desde que en 1937 el Metropolitano Sergio acogió en el cisma algunos cristianos extraviados, conservándoles sus ritos y tradiciones occidentales. La nueva Iglesia cismática se llamó «Iglesia Católica Ortodoxa de Occidente». Más aún: la comunidad latino-ortodoxa de París cuenta en la actualidad hasta con un convento benedictino cismático de rito latino, en el cual el Metropolitano Nicolás de Krutitsy, en su visita de agosto de 1945, confirmó las órdenes sagradas a dos nuevos ortodoxos occidentales.

El Boletín Patriarcal de Moscú expresó su gozo porque, después de un silencio milenario, se vuelve a oír la voz del Occidente en el coro de la liturgia ortodoxa (*Boletín*, 1946, núm. 10, págs. 49-50).

Soviético, a las órdenes del Generalísimo Stalin, ha alcanzado tal altura, que tras él se ve la admiración de toda la humanidad progresista.» (Del *CIP*-Centro de Información *pro Deo*; correspondencia de Bucarest, núm. 2.162.)

Triste es todo esto; sin embargo, tanto estas palabras como otras muy medidas del mismo Patriarca Nicodemo y del obispo rumano Basilio de Temésvar (vid. *Boletín del Patriarcado*, 1947, núm. 7, p. 6), no han sido proferidas como señal de sumisión de la Iglesia rumana al Patriarcado de Moscú. Tal es la autorizada opinión del S. I. C. O. en su número de 15 de agosto de 1947. Aun no se ha pronunciado en Rumanía la palabra formal de reconocimiento jurídico del Patriarcado moscovita. Es muy significativo, a este respecto, la declaración del Metropolitano Nicolás de Krutitsy, acompañante del Patriarca Alejo en su visita a Bucarest en junio del año pasado, cuando hizo constar que la visita a Rumanía era como la de una Iglesia autocéfala a otra Iglesia igualmente independiente (*Boletín*, 1947, núm. 7, p. 14). La situación, por lo menos, no es clara; y si, por una parte, el Patriarca rumano se dispuso a aceptar la invitación de Moscú para el frustrado Congreso Panortodoxo («*The Tablet*», 4 octubre 1947), por otra parece que muestra resistencia a la presión del Gobierno, porque sean retirados algunos obispos no tan adictos a la expansión de la influencia rusa en Rumanía. Tal actitud (según «*Irénikon*», 1947, p. 429) le habría notablemente malquistado con las autoridades políticas de su nación. Si es así, no se puede hablar aún de una conquista incondicional de Rumanía por parte del Patriarcado filsoviético de Moscú.

Albania, Georgia, Palestina, Siria y el Líbano

En cambio, la plena sumisión de Albania es un hecho, que se da ya por descontado, viendo el enorme influjo que ejerce Rusia últimamente, aun en los negocios eclesiásticos de esta región. (Del *CIP*, 5 de marzo de 1947.)

La conquista de esas otras cuatro Iglesias Orientales no es tan reciente. Su punto de arranque está en el Sinodo ruso de 1945. Ellas fueron las primeras que merecieron una visita oficial del Patriarca Alejo en persona, en reconocimiento de la buena voluntad que mostraban las altas Jerarquías de esas regiones hacia el plan expansionista de la Iglesia rusa. Nada tiene de extraño, sabiendo que los Patriarcas de Antioquía y Jerusalén (de quienes dependen las Iglesias cismáticas de Tierra Santa, Siria y El Líbano) son incondicionales favorecedores de Moscú.

El de Antioquía, de nacionalidad árabe, ha estudiado en Kiev y habla el ruso, es amigo personal del Patriarca Alejo, a quien ya en 1913 consagró obispo durante uno de sus viajes por Rusia, y ahora plenamente aceptó la invitación para el Congreso Panortodoxo, declarando a los representantes de la Prensa que, en opinión suya, «todas las Iglesias Ortodoxas deberían loar el nombre de Dios por el floreciente resurgir de la Iglesia Rusa (*Serv. Oecum. de Press. et d'Inform.*, 28 noviembre 1947).

El Patriarca de Jerusalén, como griego que es, no dió su consentimiento *explicito* para el Congreso Panortodoxo; optó, más bien, por un silencio que no le comprometiese (*Mensajero eclesiástico del Exarcado de la Europa Occidental*, agosto 1947, p. 20). Pero, en cambio, busca siempre el apoyo del poder de Rusia, siguiendo la tradición del tiempo pasado, cuando los Zares dominaban; por eso *actualmente* rehusa la comunicación «in sacris» con los emigrados rusos de la Ciudad Santa, que no quieren someterse al Patriarcado de Moscú (*Eastern Churches Quarterly*, 1947, núm. 1, p. 37).

Servia

Para terminar permítaseme aún dos palabras sobre el *oscuro* problema de Servia. También este pueblo había enviado su representante al Concilio de Moscú de enero-

febrero de 1945; pero la unión no estaba decidida, ni mucho menos. El Patriarca yugoeslavo Gabriel Dozic, hombre de gran ascendiente, había estado internado en el tristemente célebre campo de Dachau; y, al ocupar las tropas aliadas la Baviera, a pesar de las instancias que el nuevo Gobierno de Tito le hacía para volver a su puesto, prefirió quedarse en Italia. Más aún: su aversión por el régimen soviético yugoeslavo quedó bien patente con su pastoral de Pascua de 1946. El, sin duda, desde fuera veía con íntima satisfacción la resistencia tan acertada del Sínodo de su Iglesia Nacional, y se asociaba a sus decisiones más importantes: oposición al desmembramiento de la Iglesia Yugooslava en varias Iglesias autónomas (Macedonia, Eslovenia), más impotentes para rechazar a Moscú, y resistencia a la intimación del obispo ruso de Kirovgrado, en su visita a la capital de Servia, para mancomunarse con Rusia en su lucha contra la Iglesia Católica.

Por eso fué *extrañamente sorprendente*, cuando se hizo pública, la decisión del Patriarca Gabriel de volver a su Sede de Belgrado. Pero, de hecho, el 14 de noviembre de 1946, entraba en la capital, y el 24 del mismo mes —dice el S. C. O. en su número (15)— «el periódico *Politica* pudo anunciar que algunos sacerdotes, miembros del Parlamento, habían visitado al Patriarca y recogido de él importantes declaraciones... El Patriarca Gabriel sería de aviso que las relaciones entre la Iglesia y el Estado (de Tito) por fuerza tenían que estrecharse: era necesario adoptar acuerdos de mutua comprensión y emprender el camino de una acción coordinada y común».

Y parece que hasta tuvo con Tito una entrevista el 6 de diciembre de 1946. Es lo cierto que, a los pocos días, en la clausura del Congreso eslavo (11 diciembre), según nos informa la prensa local, pronunció un discurso que fué en muchos de sus pasos subrayado con aplausos estruendosos. Es tan importante este documento, que no nos atrevemos a resumirle, sino que copiamos las frases del S. I. C. O. «Después de haber recordado los enormes sacrificios tenidos que hacer *para salvaguardar la verdad, para la aplicación de la justicia y defensa de la libertad* (los subrayados reproducen palabras textuales del discurso), manifestó su contento, al ver que los pueblos eslavos, *sacando provechosa experiencia del triste tiempo pasado..., emplean toda su energía, con unidad espiritual de miras, en reconstruir el futuro a base de amor mutuo y fraterna colaboración*».

Estas palabras, que tan sencillas parecen, entran de lleno en el molde de la fraseología engañosa del Patriarcado moscovita, bajo cuyo influjo se celebraba el Congreso de Belgrado. Mas, para que no quepa duda de la aviesa intención que entrañaban, oigamos todavía otras expresiones del célebre discurso. «Recalcó luego —sigue diciendo el S. I. C. O.— que esa solidaridad eslava se manifiesta hoy espléndidamente *bajo la guía de la Madre Rusia, secular protectora que nos brinda su tutela*; y aseguró a todos los presentes que *la Iglesia Ortodoxa Servia, que se gloria de llevar el nombre de Iglesia Nacional, siempre ha estado, en los largos siglos de su historia, con todo su empuje al servicio del pueblo, conforme al espíritu de la doctrina de Cristo*. Por fin, las últimas palabras de su discurso fueron éstas: *Por medio de mi humilde persona, contando con la sinceridad de corazón de todo el clero, de los fieles que le siguen y del entero pueblo yugoeslavo, cuyos destinos rige el Generalísimo Tito, la Iglesia Nacional saluda cordialmente al Congreso, donde con tanta verdad se manifiestan, y tan de relieve se ponen, los sentimientos fraternos y las comunes aspiraciones de unidad y colaboración todos los pueblos eslavos.*»

¡Qué lenguaje tan distinto, bajo la presión de Moscú, del que en esa misma tierra eslovena sostuvo el bondadoso obispo de Lubiana, Mons. Gregorio Rozman, condenado

como segundo Stepinac a 18 años de trabajos forzados, por no someterse a extranjerías imposiciones, causantes de la ruina de la atormentada Yugooslavia! (6).

Sin embargo, repito, no está todo perdido. La situación de la Iglesia yugoeslava es, todavía, muy incierta. Después de la vuelta del Patriarca a Belgrado, llegó a Moscú una delegación para tratar en definitiva, según parece, el paso de la Iglesia servia al Patriarcado ruso; pero, si hemos de atenernos a una fuente de información antisoviética, todo quedó al aire. En el banquete de honor expresó el Patriarca Gabriel en términos precisos su «no» rotundo a despojarse de su autocefalia para someterse al Patriarcado moscovita. En señal de protesta los rusos abandonaron la sala (*Mensajero eclesialístico del Exarcado de Europa Occidental*, agosto 1947: en un artículo de F. G. Spasskij, *La lucha por la Iglesia de Servia*). ¿Qué hay de verdad en todo esto? Vuelvo a decir que es arriesgado dar una respuesta categórica. Lo que sabemos de cierto — y esto sea un augurio de bien para el porvenir—, es que, ahora hace un año, el Sínodo de obispos de la Iglesia Nacional Servia se mostró con valentía bastante contrario a la actitud antirreligiosa de las autoridades políticas, tras de las cuales se escuda el Patriarcado de Moscú. También es cierto que el Patriarca Gabriel, pretextando sus condiciones de quebrantada salud, rehusó asistir al proyectado Congreso Panortodoxo, al que, de parte de Alejo, en mayo último, le invitaba el Ministro del Soviet en Belgrado. (Del S. I. C. O., 15 agosto 1947.)

Por eso, concluyendo, preguntamos de nuevo: *¿Se extiende el Patriarcado de Moscú?* Se ha extendido, sin duda, muchísimo; todo lo que le han permitido tantas conquistas territoriales, o tácticas, del comunismo ruso. Pero su influjo comienza a declinar, cuando tantas cortapisas ponen a su avance aun algunas de las Iglesias Nacionales Ortodoxas, a pesar de estar sufriendo la presión soviética (7).

Las ansias de conquista universal sólo, por derecho divino, corresponden legítimamente a la Iglesia Romana, la única, Santa y Católica, la única que debe actuar el deseo de Jesucristo, de que no haya sino *un solo rebaño bajo un solo Pastor*, su Vicario en la tierra.

Roma, abril 1948.

Manuel Candal, S. J.
Prof. del Pont. Inst. Oriental

(6) Mons. Rozman recibió esta condena estando fuera de su patria, en Austria. Está, pues, libre y, tal vez por eso, su caso no ha sido tan ruidoso en la opinión mundial como el de su colega en el episcopado.

(7) Redactado ya este artículo y enviado a Barcelona, veo en el último número del S. I. C. O. (44, 15 abril 1948, págs. 46-47) tres importantes noticias que confirman esta apreciación. Por ellas se ve cómo las Iglesias particulares autocefalas se resisten a perder su independencia, sometiéndose a Moscú, y sobre todo cómo los grandes Patriarcados Orientales ven siempre con recelo el extenderse del Patriarcado ruso, y, en cuanto pueden, se oponen a sus intentos. Estos nuevos datos son alentadores, más que nada, por lo que se refiere a la actitud de reserva, hasta ahora desconocida, del Patriarcado de Antioquía, cuya inquebrantable adhesión a Moscú queda indicada en el artículo.

He aquí las tres noticias de última hora:

1. El 27 de febrero de 1948 fallecía el Patriarca Nicodemo, jefe de la Iglesia disidente de Rumania. Como su viaje a Moscú fué a no poder más, y como siempre fué dando largas al reconocimiento legítimo de la autoridad del nuevo Patriarcado moscovita, sin una decisión neta en el asunto, el órgano oficial del partido comunista en Bucarest ni una sola línea dedicó a la memoria del anciano Prelado. Sabemos, por otra parte que en más de una ocasión el Patriarca Nicodemo dió público testimonio de la veneración que sentía por la Santa Sede.

2. Del 24 al 26 de febrero de 1948 se reunió, bajo el Patriarca de Antioquía, Alejandro III Tahan, un Sínodo extraordinario de ocho obispos en Beirut. Entre otras cosas se estudió la respuesta que había que dar a la invitación para asistir oficialmente a los Congresos de Moscú, Amsterdam y Londres, para la unión de las Iglesias. Decidieron todos que «era necesario ponerse *primero* en relación con los otros Patriarcados griegos del Fanar (Constantinopla), Jerusalén y Alejandría».

3. El Patriarcado de Constantinopla ha absuelto al Obispo de Riga (Letonia) de la censura de suspensión, que el Patriarca de Moscú decretó contra él, por haberse refugiado en la zona americana de Alemania. La decisión de Constantinopla se basa en que el Patriarca Alejo no tiene jurisdicción alguna sobre él. (Nota añadida por el autor en 19 de abril de 1948.)

SIN VACILACIONES HACIA LA REALIZACION DE LA GRAN IDEA

Cuadro general del desarrollo histórico de la unificación de las Iglesias de Ucrania

«Si te se apareciera el ángel del cielo, dándote la orden de acatar la autoridad del Papa, maldícele». Estas palabras del metropolitano moscovita Yonas, son un fiel reflejo de la absoluta intransigencia y el ciego odio de la ortodoxia rusa respecto de Roma. Toda la historia de Rusia está empapada de este principio, en él radica la mentalidad de la jerarquía eclesiástica rusa, el que ha dejado hondas huellas, también, en la mentalidad de las vastas masas del pueblo ruso.

Las razones de dicha actitud para con Roma, deben buscarse en la universal misión histórica y religiosa de Rusia, la cual ésta usurpó después de la conquista de Bizancio por los turcos, proclamándose «la tercera Roma» y heredera y continuadora de las tradiciones religiosas y políticas de Bizancio. El papel de la defensora de la ortodoxia, «religión únicamente verdadera de Cristo», se compaginaba en cualquier aspecto con los fines imperialistas de los zares rusos. La religión dejó de ser tal, trocándose en el dócil instrumento de los intereses del estado moscovita. El papel de la defensora de la ortodoxia, Moscú lo interpretó de manera que todos los pueblos que se encontraron en el camino de su expansión fueron esclavizados por el conquistador eurasiático, que, con la cruz de tres brazos del patriarca moscovita en la mano, traía perdición y ruina a los pacíficos habitantes de la Europa oriental y meridional, y el Cáucaso.

Es natural que aquel imperialismo antieuropeo y anticristiano, en su mentalidad, primero dirigiera su mirada hacia Ucrania. Varias son las causas que ocasionaron tal desarrollo de los acontecimientos: la situación geográfica de Ucrania en el camino Occidente Oriente con su natural salida a los Balcanes, el Cáucaso, Turquía y Oriente Medio, fué una base ideal para las próximas acometidas del imperialismo moscovita. Las riquezas naturales de Ucrania con sus ilimitadas posibilidades de brillante desarrollo económico aseguraban, a quien la poseyese, inagotables recursos materiales. Y, finalmente, Ucrania, con su antigua capital Kiev fué el centro religioso y cultural de todo el Oriente europeo medieval. Ahora bien, la ambición de heredar las tradiciones del estado ucraniano del período de Kiev, y conservar y continuarlas en forma del gran estado moscovita, proporcionó el último y decisivo empuje al imperialismo ruso en su acometida contra Ucrania.

De este modo, Ucrania, además de ser violada políticamente, fué despojada de sus tesoros culturales legados por el brillante período del estado de Kiev, con su antiguo nombre de Rus inclusive, y fué reducida a convertirse en una de las provincias moscovitas. El pueblo ucraniano se puso a la defensa, combatiendo no tan sólo por la restauración de su estado independiente, más cabalmente por la existencia de su individualidad espiritual.

A las tendencias unificadoras de Moscú, en el sector político, siguieron inmediatamente los esfuerzos de los zares de someter la Iglesia ucraniana al patriarca moscovita, instrumento de su juego político. La Iglesia ucraniana se adhiere a la contienda sin vacilar y sin mirar las consecuencias, nada indulgentes, que resultarían para ella por la oposición a las tendencias unificadoras de la ortodoxia rusa. A medida que el cerco de hierro, que la ortodoxia rusa pusiera alrededor de la Iglesia ucraniana, iba cerrándose, los obispos ucranianos con mayor frecuencia dirigían su mirada hacia la Ciudad Eterna. Las tendencias conciliadoras respecto al Occidente iban creciendo a medida que se intensificaban los esfuerzos de Moscú en el sentido de imponer a la Iglesia ucraniana el carácter nada ambiguo de dependencia frente al poder secular del estado ruso.

Estas tendencias alcanzaron el colmo con la actividad del metropolitano de Kiev, Petro Mohyla, fundador de la Academia Mohylana (1652), el cual adoptó los métodos de educación de los seminaristas usuales en el occidente, siguiendo los principios del derecho canónico de la Iglesia católica. Con ello, la discrepancia entre las Iglesias ortodoxas ucraniana y rusa, llegó hasta tal punto que, cuando el clero ucraniano entró en relaciones con el ruso, al encontrarse la mayor parte del territorio ucraniano bajo el «protectorado» ruso, éste consideraba a aquél, de cierto modo, como a herejes católicos, y aquél apellidaba a éste de «cristianos barbarizados».

Como era de esperar, entre el clero ucraniano influenciado por la natural atracción hacia el Occidente, brotaban las tendencias de dar un paso más vivificando la idea del Concilio flo-

rentino (1439) en el sentido de reconocimiento de la autoridad del Papa, mas respetando las seculares tradiciones rituales del pueblo ucraniano.

Estas tendencias tuvieron el mayor alcance en la Ucrania occidental. La gran idea de la unificación de la Iglesia de Cristo bajo la única autoridad del Papa, tuvo su realización en la Unión de Berest (1596). Con el acto de esta Unión, los obispos ucranianos con el clero y los fieles, se incluyeron a la gran comunidad católica. De este modo, el pueblo ucraniano, que desde hacía siglos fué el baluarte de la civilización europea en el Oriente, mostrando una admirable voluntad de sacrificio en servicio de esta idea, se encargaba, además, del papel de defensor del catolicismo frente a la intolerancia de la ortodoxia moscovita. La idea de la unión emanaba de las vitales necesidades del pueblo ucraniano con todo y que varios «sabios» e «historiadores» rusos de todos los siglos procuraban explicar la unión religiosa de los ucranianos con Roma como una «intriga polaca tramada por los taimados jesuitas con el fin de exterminar a la nación ucraniana». Obsérvese que quien trataba de poner en descrédito el catolicismo ucraniano fueron los mismos círculos rusos que expresaron la quinta esencia de su actitud frente al pueblo ucraniano, al que pretendían defender contra sus enemigos en la prohibición oficial del idioma ucraniano (1863). La Historia conoce los métodos más bárbaros de opresión que una nación empleaba contra otra nación, con el draconiano edicto empero con que Rusia prohibía la lengua ucraniana para la imprenta; Moscú se puso al frente de los más crueles opresores.

La Iglesia ucraniana estuvo en muy estrechas relaciones con el pueblo en el decurso de los siglos, tanto más que la suerte del pueblo ucraniano, con pocas excepciones, fué nada risueña; es pues natural del todo que en la decisiva contienda del pueblo ucraniano en defensa de su independencia, estas relaciones se estrecharan mucho más y que la Iglesia ucraniana fuese propagandadora y fiel representante de los intereses nacionales.

La armónica y orgánica relación entre la Iglesia y el pueblo ucranianos, y muy especialmente en los territorios occidentales de Ucrania, después de realizada la unión con Roma, causó el que Moscú declarase una guerra de exterminación a la Iglesia ucraniana. Esta lucha tuvo dos objetivos: primero, la sumisión de la Iglesia ortodoxa ucraniana, paralizando y debilitando con ello el común frente contra Moscú, y segundo, la exterminación del catolicismo ucraniano, en que Moscú veía un serio adversario en cuanto a sus fines imperialistas en Ucrania.

Un peligro mortal sobrevino al catolicismo en Ucrania, el movimiento católico debía pasar por una dura prueba de sacrificio y martirio, acusando así su vitalidad.

A fines del siglo XVIII la mayoría del territorio de la Ucrania occidental se encontró bajo la dominación de Rusia. Moscú de-



Iglesia de Santa Sofía, en Kieff

PLURA UT UNUM

enfrenó una fuerte campaña contra la Iglesia católica en Ucrania. En muchos casos la persecución de los católicos ucranianos por los rusos, sobrepujo a las sangrientas escenas de los primeros tiempos del cristianismo.

Cerca de once millones de ucranianos y rusos blancos, que vecinos de Ucrania y que junto con los ucranianos occidentales habían adoptado el catolicismo, volvieron a ser forzosamente convertidos a la ortodoxia. Centenares de sacerdotes con sus obispos y su metropolitano, fueron desterrados a Siberia, donde debieron permanecer terminantemente.

En la Ucrania occidental, sólo su parte meridional, llamada Galicia con la capital Lviv permaneció fuera del alcance de Rusia. Este rincón del territorio nacional ucraniano, a consecuencia de la tercera repartición de Polonia, fué adjudicado al imperio húngaroaustriaco, que no tenía ningún interés en combatir el catolicismo ucraniano. De esta manera en la tierra galiciana fué creado el Piemonte del catolicismo ucraniano, el que produjo un poderoso empuje en el desarrollo del pensamiento político ucraniano, hecho que tuvo su principal repercusión en la literatura nacional de aquel período. Galicia asume el primer papel del centro intelectual del pueblo ucraniano, el que vino despertando la conciencia y las ambiciones de independencia en todo el territorio ucraniano. El papel predominante que el catolicismo tuvo en aquel proceso de determinación nacional, nos obliga a reconocerle como uno de los más importantes factores en el renacimiento nacional en Ucrania. La Iglesia católica ucraniana supo siempre conservar los valores espirituales característicos del ambiente en que actuaba, los que en el futuro ejercerían un poderoso empuje en la conciencia nacional, produciendo el gran levantamiento que condujo en resultado a la unificación del territorio ucraniano y proclamación de la República Nacional Ucraniana en 1917-20.

El derrumbamiento de la República Ucraniana y el fin de las actividades bélicas en el Este europeo produjo una nueva constelación política en el territorio de Ucrania. Rusia, Polonia, Rumanía y Checoslovaquia se dividieron entre sí el territorio ucraniano, creyendo que de esta manera el factor político ucraniano sería eliminado, si no para siempre, por lo menos para un lapso considerable de tiempo. En su ceguera política los firmantes del tratado de Riga no vieron el mortal peligro que para ellos mismos resultaba en consecuencia de la nueva constelación

terminado la persecución de las culturas nacionales de los pueblos constituyentes de la URSS.

En las nuevas condiciones de la NEP hubo una fuerte repercusión en la conciencia nacional, las masas se esforzaron por tonificar las conquistas culturales que habían alcanzado; la Iglesia Ortodoxa Ucraniana independiente marchó al mismo paso, subrayando sus rasgos de Iglesia nacional. Sin embargo, cada cual podía adivinar que esto no continuaría así. Ambos bandos estaban preparándose para una acción decisiva. La desamparada masa ucraniana había de oponer a las bestiales tropas de la NKVD la inexpugnable fortaleza de su espíritu nacional y religioso, si quería contar con una resistencia eficaz.

El período de la NEP terminó con la forzosa introducción de la colectivización en la URSS; en Ucrania la acompañaron el terror sin precedentes en la historia de la humanidad y una resistencia sobrehumana de las vastas masas populares. Se inauguró la exterminación de todas las manifestaciones del espíritu nacional que en el decurso de la NEP había tenido gran alcance, creando nuevos valores espirituales, emanación del alma nacional, y eliminando al par las influencias extranjeras adversas. En aras del terror moscovita del período de la colectivización, que tan sólo en el año 1933 aniquiló físicamente a cinco millones de ucranianos, cayeron principalmente todas aquellas personas o instituciones que estaban de cualquier modo relacionadas con el proceso cultural en el período de la NEP, pues también la Iglesia Ortodoxa Ucraniana Independiente. Una horrible oleada del ateísmo militante derriba cualquier cosa que tuviera relación con la Iglesia. Siguen fusilamientos en masa y transportaciones a Siberia del clero ucraniano, inclusive con el último metropolitano de Kiev, Boretsky, que fué detenido. Así dejó de existir la Iglesia ucraniana independiente en la Ucrania oriental; todos los que supieron salvarse se refugiaron en el movimiento clandestino. El período de la NEP dió hartas pruebas a los ucranianos de que cualquier cosa que tenga relación con Rusia o salga de Moscú, con todo y sus formas más atractivas o los lemas más humanitarios que puedan parecer, tiene un resultado funesto para los intereses vitales de Ucrania.

La laguna que se produjo con la exterminación de la religión, el ateísmo militante trató de tapanla con el culto del sistema socialista en forma del comunismo lenino-staliniano. Las

fué durante muchos años el objetivo a que el pueblo ucraniano en los momentos difíciles de su existencia dirigía la mirada. En la persona del metropolitano conde Sheptycky el pueblo presentaba una figura de gran relieve en la historia de la Iglesia y del pueblo. El alcance y la profundidad de la fe del Metropolitano fueron los motivos que le aseguraron el respeto de todos los ucranianos, católicos y ortodoxos. Y no hay duda de que, si hubiese sido otra la situación política, si existiese un Estado ucraniano independiente, el metropolitano Sheptycky, dotado de genialidad del profeta nacional, hubiera realizado la idea de la unificación de la Iglesia ucraniana bajo la autoridad de Roma.

En el espacio entre las dos guerras mundiales el catolicismo ucraniano ha alcanzado la cima de la evolución. Fundido en un todo orgánico con el pueblo iba al encuentro de la gran prueba que le preparaba la historia. Los territorios de la Ucrania occidental con la capital en Lviv debían confirmar otra vez el nombre de Piemonte ucraniano que se les fué adjudicando en el decurso de los siglos.

El Metropolitano, inspirado por la Providencia, vislumbraba el peligro que venía acercándose a su rebaño. Con ello se explica aquella inquietud e insólita energía del general que antes del ataque decisivo del enemigo procura controlar y fortalecer cada sector del frente, inspirar a sus soldados la inquebrantable fe en la victoria final de su idea, por la que él y ellos deben vivir

y morir. Ni la vejez, ni los sufrimientos físicos que sobrevinieron en consecuencia de la prisión moscovita en que fué encerrado por los rusos en la primera guerra mundial consiguieron quebrantar a este elevado espíritu.

Los resultados de la actividad de la Iglesia católica en Ucrania en este último período son verdaderamente imponentes. Centenares de nuevos colegios, iglesias, crecida en las files del clero, un nivel elevadísimo de estudios teológicos, vivificación de las relaciones con los centros católicos en el extranjero, enseñanza religiosa en todas las escuelas frecuentadas por la juventud ucraniana, una tensión extraordinaria de la actividad nacional y social del clero ucraniano como resultado de la confianza del pueblo que encargaba al clero con los puestos dirigentes de la vida nacional, tal es el balance de la incansable labor del clero católico en Ucrania. El sacerdote fué el consejero apreciadísimo en todos los asuntos seculares de su rebaño. La Iglesia y la vida seglar formó un todo orgánico e inseparable, completándose mutuamente. Los ucranianos presentían el acercamiento de la tempestad que amenazaba ya no sólo su patria, mas toda Europa. Ucrania volvió a ser el teatro de una matanza sin precedentes en que dos fuerzas, ambas enemigas de Ucrania, compitieron en crímenes que estremecieron la conciencia de la humanidad.

George G. Karmanin

«Las fuentes del cristianismo ruso popular»

El sol y sus habitantes

En estos últimos tiempos se ha escrito mucho acerca de la cultura rusa, de sus orígenes, historia y desarrollo; en cambio, apenas se ha hablado de las fuentes del cristianismo ruso, tema estrechamente unido al de la cultura eslava en general y que cobra singular interés al plantearse el importante problema del acercamiento y unificación de las dos Iglesias con el Culto Oriental como punto de partida.

El tema de las mencionadas fuentes apenas se rozó en Rusia y, desde luego, nunca se estudió a fondo, debido a que el pensamiento crítico ruso, cuando no estaba dominado por la censura política, se veía amordazado por la eclesiástica, puede que aun más severa.

Cuando digo «Las fuentes del cristianismo ruso» no me refiero a los manantiales teológicos de la ortodoxia, que, como es sabido, tuvieron su origen en Bizancio. Son fuentes que hasta en tiempos relativamente modernos sólo se hallaron al alcance de contadas personas y, por lo mismo, no pueden ser parte esencial de un tema de carácter eminentemente étnico.

Lo que aquí interesa son aquellas otras fuentes de la fe popular rusa, las que alimentaron al pueblo en su formación religiosa desde que apareciera el cristianismo en Rusia, hasta que éste se cristalizó en la conciencia religiosa de las grandes masas populares.

Por esto también carece de interés aquella polémica doctrinal y literaria que fué dirigida en Rusia en otros tiempos contra la Iglesia Católica (llamada allí «latina»), ya que esta polémica tampoco fué del dominio popular, propiamente hablando, y, si bien tuvo por objeto casi exclusivo incitar al pueblo contra el catolicismo, ni siquiera se valió de argumentos dignos de consideración.

En una palabra, aquí no trataremos de los rasgos característicos de la religión ortodoxa dogmática, que son suficientemente conocidos, sino de sus particularidades rituales que constituyen el fundamento del espíritu religioso ruso,

siendo esencia y exponente de la fe popular. En efecto, la parte exotérica del culto constituye para el pueblo ruso lo esencial de la religión, es aquello en que «cree» el pueblo, figurándose ser auténticamente cristiano.

Aquí juzgo pertinentes algunas observaciones previas acerca de los factores culturales que desempeñaron importantísimo papel en el desarrollo de la conciencia religiosa del pueblo ruso.

En primer lugar, debe siempre tenerse en cuenta que el florecimiento de la cultura rusa fué muy breve y, por decirlo así, imprevisto, habiendo brotado en forma súbita, fuera de toda continuidad histórica normal. Se trata de un hecho realmente notable y puede que único en la historia.

En tanto que la formación del Estado ruso durante el llamado «período de Kiev» se remonta al siglo ix, en cambio, la cultura rusa apareció como tal solamente a mediados del siglo xix; es decir, con un retraso de mil años o poco menos.

Cierto es que los conceptos de «cultura» e «incultura» son más bien relativos, pero también es cierto que los ejemplos ayudan a resolver la ambigüedad, sobre todo recurriendo a la comparación.

Obsérvese, pues, que mientras en Rusia en los siglos xiv y xv no había ni indicios de literatura, ni manifestaciones científicas de clase alguna, en cambio, Occidente había producido ya tan conspicuos valores como Petrarca, Boccaccio, Chancera, Villón, etc. Mientras en Europa Shakespeare, Cervantes, Galileo y tantos otros hombres ilustres representaban la cultura y la civilización, en Rusia aun se discutía si la tierra estaba sostenida por tres o por cuatro ballenas...

Sólo con Lomonósov (1711-1765) aparecieron en Rusia los primeros síntomas de cultura, sólo a partir de Puchkin (1799-1837) se puede hablar de literatura rusa, con la particularidad de que hasta en aquel entonces se consideraban científicas en Rusia obras tan peregrinas como la «Filosofía descriptiva, llamada también Astronomía» —compuesta por Velansky, maestro de baile de la Corte de Su Majestad y



Guerreros moscovitas
(De la obra *Rerum Moscovitarum commentarii*, de Herberstein)

caballero de muchas órdenes—, donde, entre otras cosas, se demostraba que el sol, en virtud de su elevada temperatura y por ser fuente de vida y de saber, debía poseer necesariamente flora exuberante y tener habitantes extraordinariamente eruditos.

Con lo dicho no entendemos subrayar la insuficiencia intelectual del pueblo eslavo, sino demostrar precisamente lo contrario: la extraordinaria capacidad mental y espiritual de los rusos se revela comparando el atraso en que estaban sumidos con el rápido desarrollo cultural que se realizó apenas mejoraron las condiciones sociales del país, lo que nos hace pensar en lo que hubiesen alcanzado de no mediar los trágicos experimentos a que se vieron sometidos últimamente.

Pero el hecho del retraso cultural subsiste, por rápidos que fuesen los adelantos, por alto que fuera el nivel alcanzado. Desde que Rusia se convirtiera «oficialmente» al cristianismo, hasta el despertar del pensamiento ruso, transcurrieron diez siglos, de modo que puede decirse que Rusia tuvo vida consciente sólo durante las tres o cuatro generaciones últimas, y aun éstas pertenecientes a las clases privilegiadas.

La conciencia religiosa de un pueblo siempre se halla en estrecha relación con su nivel cultural, y Rusia no fué ninguna excepción de esta regla.

Pero también es de notar que es cierta la acción recíproca de la religión sobre la cultura, ya que por cultura hemos de entender no solamente los adelantos científicos, técnicos o sociales, sino además, y sobre todo, el predominio de los valores morales y espirituales, lo cual se consigue únicamente a través de la doctrina evangélica, reconocida actualmente como la más elevada incluso por no pocos enemigos de la religión cristiana.

Asimismo hemos de advertir aquí que no conviene confundir cultura con civilización. Bastantes ejemplos nos ha dado la historia de pueblos que, habiendo alcanzado grados muy elevados de civilización, es decir, el excesivo desarrollo de las ciencias positivas, en cambio nada dieron a la humanidad en el sentido espiritual.

Determinado, con lo que antecede, nuestro punto de vista, podemos pasar a ocuparnos del tema principal del presente ensayo.

Bautismo por Real Decreto

En 988 el príncipe Vladimiro de Kiev se convirtió al cristianismo y al bautizarse se desposó con la infanta Ana de Grecia, hermana de Basilio y Constantino, emperadores. Probablemente el bautismo tuvo lugar en la ciudad griega de Kerson (Korsún), al sudoeste de Crimea.

El príncipe Vladimiro regresó a Rusia acompañado de algunos sacerdotes griegos y trayendo diversos objetos propios del culto cristiano.

A los pocos meses ordenaba que todos sus súbditos se bautizasen en aguas del Dnieper, siendo dócilmente obedecido.

Esta sumisión era debida a que en aquel tiempo los rusos carecían de religión bien definida y no había clase sacerdotal suficientemente poderosa para protestar contra tan radical cambio religioso. El acontecimiento se produjo sin preliminares dignos de mención y el misterio cristiano del bautizo revistió el carácter de un simple baño colectivo en el río. ¡Peregrino capricho del príncipe recién venido de tierras extrañas!

Y no hubo quien pudiese explicar a los rusos en qué consistía la nueva religión, ya que los sacerdotes griegos que trajera el príncipe no hablaban el ruso y ellos eran los únicos iniciados en el cristianismo.

El pueblo se puso a la expectativa, un tanto receloso de lo que pudiera suceder, temiendo la ira de los dioses destronados.

Pero no se produjo nada desagradable.

La gran estatua del dios Perún y otros muchos ídolos fueron quemados o arrojados al mismo río en que se bautizaran los kievitas, sin truenos, relámpagos ni calamidades, y los nuevos conversos se pusieron a erigir nuevos templos que en adelante se llamarían «iglesias».

El rito cristiano gustó al pueblo ruso: eran bonitas las misas y demás ceremonias en las flamantes iglesias y, sobre todo, no requerían que sacrificasen sus reses como sucedía en los altares que acababan de destruir.

Pero por atrayente que fuese el «espectáculo» y a pesar de lo divertido que resultaban las misas, los cantos litúrgicos y los sermones pronunciados en una lengua que no entendían, la nueva religión nada les decía al alma y aun menos a la razón.

Así transcurrieron más de cien años...

Lo notable del caso fué que la nueva religión se acomodó bastante bien con la antigua y las fiestas cristianas se amoldaron a las paganas con la conservación de las costumbres y la coincidencia de fechas.

Así es como las fiestas del «ciclo primaveral» dedicadas al dios Ovsen concordaron con las de San Basilio, y las estivales del dios Yarilo, cuando se saltaba por encima de las tradicionales fogatas, fueron las de San Juan, y siguieron, como antes, encendiéndose hogueras. No se olvidaron ni de Perún, el fragoso dios del fuego celeste, a quien identificaron sencillamente con el profeta Elías, ascendido vivo al Cielo y recorriendo el firmamento en su carro de llamas (1).

Esta conjunción del cristianismo con el paganismo ejerció influencia decisiva sobre la conciencia religiosa del pueblo ruso, tanto es así que bien pudiera ser que la «Santa Rusia», traída a colación tantas veces, fuese en realidad más pagana que cristiana según tendremos ocasión de apreciarlo más adelante.

Aparecen los ermitaños

Y he aquí que al cabo de cien años de misas y habiéndose ya concentrado el culto cristiano en las iglesias, aparecieron inopinadamente en los alrededores de Kiev unos

(1) El 24 de junio la fiesta de San Juan, coincidiendo con las de Juan Kupala (Yarila), y el 20 de julio de S. Elías con la de Perún.

personajes extraños gentes de rara ideología, que declararon ser ellos los únicos y verdaderos cristianos. Habían cavado cuevas en las abruptas riberas del Dnieper, vestíanse toscamente, se alimentaban con pan y agua solamente y entendían llevar vida ascética de grandes privaciones y sufrimientos sin fin (2).

El extraño proceder de aquellos hombres impresionó a los kievitas y a poco en la imaginación popular se formó la creencia de que el nuevo Dios debía ser tanto o más cruel que las divinidades paganas si procedía sufrir para complacerle.

Hubo, naturalmente, falsos elementos milagrosos, ya que faltaba fe para que fuesen auténticos, destinados a convencer al pueblo de que la nueva religión no carecía de fuerza sobrenatural.

También desconcertaba a los kievitas el contraste que había entre los ermitaños de las cavernas y los representantes «oficiales» de la Iglesia, llamados «clero blanco», que ya se habían constituido en clase privilegiada y entendían no privarse de nada. Estos «popes», en efecto, habían encontrado el modo de compaginar las fiestas y costumbres paganas con los oficios cristianos en forma tal que se pasaban el tiempo entre continuas comilonas acompañadas, naturalmente de copiosas libaciones.

No les faltaban ocasiones, puesto que eran ellos los invitados de honor en bodas, natalicios, bautizos, funerales, etc. Especialmente frecuentes eran las conmemoraciones por los difuntos (pominki), que se celebraban el tercero, noveno, vigésimo y cuadragésimo día, así como el aniversario y no se distinguían en nada de la «trizna» pagana, en que se comía hasta la saciedad y se bebía en correspondencia.

—¿Será posible que los popes y los ermitaños sirvan al mismo Dios?—preguntaba extrañado el pueblo al príncipe (3).

Pero ni el príncipe ni el clero griego que le rodeaba nada podían explicarles, puesto que sabían tanto o menos que los demás fieles.

Con todo ello, el centro de gravedad del culto religioso se iba desplazando y pasaba de los popes de la ciudad a los ermitaños de las cuevas, entre los cuales, hemos de reconocerlo, había hombres realmente notables, tales, por ejemplo, como Antonio y Theodosio.

Los ascetas resolvieron unirse y llevar a buen término la obra que no estaba en condiciones de realizar el «clero blanco».

Es así como en 1073 se fundó la «Lavra de Kievo-Pechersk» (4), el primer monasterio ruso, cuyas obras dirigieron especialistas griegos venidos de Constantinopla.

Esta fué una de las buenas páginas de la historia del monacato ruso, porque sus demás representantes, unos aislados y otros formando «cofradías», «no eran lo que hubiesen debido ser porque el «ideal» cristiano que les animaba estaba dirigido hacia monstruosas aberraciones que sólo engendraban herejías, desvíos, concupiscencia, vanidad y embrutecimiento» (5).

La fundación del monasterio de Kievo-Pechersk comunicó otro rumbo a la propagación del cristianismo en Rusia. De «demostrativo» pasó a ser «oral» y «epistolar». Esta última condición ya no era cualitativa en sí desde el punto de vista exclusivamente religioso, pero representaba un notable adelanto para la cultura rusa en general.

Una biblioteca de veintidós volúmenes

Precisamente en aquel tiempo Cirilo y Metodio, dos hermanos búlgaros, inventaron el alfabeto eslavo, dando ori-

gen al idioma llamado «eslavo-eclesiástico», notablemente distinto del ruso contemporáneo.

Habiendo recibido desde los monasterios del Monte Athos muchos manuscritos griegos de carácter religioso, los monjes de Kievo-Pechersk se pusieron a traducirlos con gran entusiasmo, con lo que cobró vida la doble industria de traductores y copiantes.

Claro está que eran pocos los que podían traducir, puesto que para ello se requería conocer el griego; en cambio fueron muchos los que se dedicaron a copiar por ser «más o menos» letrados.

El oficio de pendolista resultó bastante lucrativo porque no solamente las iglesias necesitaban «libros» —y los templos cristianos se multiplicaban con increíble rapidez—, sino que también las escuelas que se iban fundando en las ciudades. Asimismo encargaban libros los particulares acaudalados que deseaban descollar por su «erudición», siendo exponente de la misma el número de libros leídos, independientemente del contenido o del provecho conseguido con la lectura. La palabra «leyente» (sic) fué sinónimo de «sabio».

El elevado precio de los libros manuscritos lo demuestra el hecho de que el príncipe Vladimiro Galizky pagara por un misal nada menos que once rublos en plata, lo cual constituía entonces una pequeña fortuna (6).

Es de advertir que este trabajo requería notables dotes caligráficas, especialmente al trazar el título y las mayúsculas, que eran verdaderas obras de arte.

En cambio, se atribuía escasa importancia a la exactitud de la traducción, ni se exigía corrección ortográfica a los pendolistas, analfabetos o poco menos.

Este trabajo requería mucho tiempo; la copia de un libro de regular extensión, a veces duraba decenios enteros y su terminación considerábase obra de gran mérito y excepcionalmente grata a Dios.

Por esto, muchas veces los pendolistas, a medida que avanzaban en un trabajo, anotaban en el libro los acontecimientos más notables de su época, constituyendo estas anotaciones un material histórico de inestimable valor.

Se comenzaba el libro solicitando la bendición de tal o cual sacerdote y se terminaba pidiendo al lector rezar por el alma del copista y de sus allegados difuntos, mencionando las fechas de las defunciones, la causas y circunstancias de éstas, así como el lugar del sepelio.

Como hemos dicho, los libros eran pocos y caros. El príncipe Vladimiro Monomáj, considerado instruidísimo, poseía una «biblioteca» de veintidós volúmenes, y la de Iván el Terrible (siglo XVI) constaba de ciento cincuenta ejemplares (nada menos!).

Por aquel tiempo aparecieron en Rusia los llamados «cuentistas» o jismeros (nachétchiki) ambulantes, que, yendo de una parte a otra, propagaban entre el pueblo una religión que pretendía ser cristianismo.

Estos jismeros iban de monasterio a monasterio, se detenían en las aldeas contando y comentando a su manera lo que leyeron en libros, lo visto y oído durante sus peregrinaciones y dando por lo general rienda suelta a la fantasía.

A estos peregrinos se les llamaba también «hombres de Dios», se les recibía en las casas señoriales, donde se les colmaba de regalos, todos les consultaban en cuantos problemas se presentaban en la vida cotidiana y se les otorgaba el triple papel de curanderos, jueces y profetas.

Sin embargo, no hay que confundirlos con los santones y «benditos» de épocas posteriores y que se deben considerar como una degeneración de los antiguos jismeros peregrinos.

Alexis Marcoff

(Continuará)

(2) Mencionaremos entre otros ascetas rusos a Hilarión, Antonio, Theodosio y Nikon, que fueron los primeros.

(3) Popóv.: «Vieja Rusia». Tomo I, pág. 480.

(4) De «peschera», que significa gruta o cueva.

(5) Kostomarov: «Historia de Rusia». Tomo I.

(6) Kostomarov: «Historia de Rusia».

TACTICA COMUNISTA

PARA EL DOMINIO DE LOS PAISES OCUPADOS

Aun no se había terminado la pasada guerra y la U. R. S. S. iba ocupando las naciones del oriente de Europa, persiguiendo a las tropas alemanas que se retiraban hacia el interior de Alemania.

Dicha ocupación estaba prevista en los acuerdos de los aliados de Postdam y Yalta, así como también estaba prevista «cierta» influencia rusa en dichos países, que pasarían a formar la zona de seguridad militar y de expansión político-económica de la U. R. S. S.; todo ello, claro está, en el cuadro de una amplia democracia que abarcara en lo posible a todos los partidos democráticos según el sentido que le daban los aliados occidentales, a saber: los que no habían colaborado directamente con los nazistas. Estas eran las credenciales que tenía en su poder la U. R. S. S.

Al mismo tiempo que estas naciones iban cediendo al impetuoso avance de las tropas soviéticas y se iban firmando armisticios, la propaganda soviética repetía con solemnes promesas, unas veces autorizadas y ratificadas por su mismo ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, que la U. R. S. S., como nación libertadora, aunque tuviera que ocupar temporalmente dichas naciones, no se inmiscuiría en los asuntos internos de dichos países y, por consiguiente, respetaría las libertades esenciales de los particulares y de las asociaciones políticas, económicas y religiosas, siempre que no fuesen contra las Naciones Unidas y, especialmente, contra la U. R. S. S.

Con aquellas credenciales y con estas repetidas y solemnes promesas quedaban, por una parte, satisfechos los aliados occidentales, creyendo que habían salvaguardado los intereses y la libertad de esas naciones, poniendo su suerte en «buenas manos», las de la «generosa» Rusia soviética; y, por otra parte, muchos hombres de esas mismas naciones, aun de los más preeminentes en el campo político, económico y religioso, se daban a un prematuro optimismo, creyendo sinceramente que podrían colaborar todos los partidos políticos, quedando en pie las tradicionales costumbres e instituciones económicas y religiosas de cada país. Así pensaban unos y otros. Pero la realidad es que la Rusia soviética pensaba muy distintamente, y tenía ya desde hacía tiempo premeditado su plan de comunizar esos países; pero como era necesario entrar en ellos y al mismo tiempo captarse la benevolencia de unos y otros, le fueron muy útiles aquellas credenciales y fingidas promesas.

Según ese plan, la evolución hacia la forma política socialista y comunista, debía proceder aparentemente *ab intrinseco*, o sea de los elementos políticos de cada país y por etapas, para no despertar susceptibilidades y recelos de los occidentales y de los naturales; quedando, por consiguiente, la Unión Soviética «aparentemente» al margen de la evolución interna de cada país.

Primera etapa. — Infiltración

1.º *En lo político.* — El partido comunista que había de ser el agente ejecutor de los planes secretos de Moscú contaba en todos los países con muy pocos adheridos en un principio; hecho conocido por Moscú. Por consiguiente, no podía, desde luego, arrogarse la misión de conducir por sí solo, con exclusión de otros partidos antiguos y arraigados, las riendas de los nuevos gobiernos, pues

sería en flagrante oposición a lo acordado en Yalta, o sea que habían de formarse gobiernos de concentración con la participación de todos los partidos democráticos.

Por consiguiente, en esta primera etapa se busca la unión de los partidos clásicos, que eran, poco más o menos cuatro, a saber: el agrario, el más pujante en esas naciones, dada su estructura eminentemente agrícola, el liberal, el socialista y el comunista; pero con la precaución y táctica comunista de repartirse las carteras ministeriales no según la importancia numérica de los partidos, sino por partes iguales, cuidando además los comunistas, siempre apoyados por la autoridad (léase bayonetas) de las fuerzas ocupantes rusas, que les correspondiese a ellos algunas de las principales carteras, verbigracia, gobernación, trabajo, guerra, etc.

En esta etapa comienza también el partido comunista a esgrimir dos espadas que le serán sumamente útiles para llegar a sus fines, y muy prácticas para la propaganda, así en el interior como en el exterior del país. Esas armas de doble filo, por su significación equívoca son: guerra al fascismo hasta destruirlo. Luchar por la democracia.

No hay que decir que, en general, fueron admitidas y aplaudidas esas dos proposiciones por los cándidos occidentales, que las interpretaban en su significado obvio y natural, siendo así que los comunistas le daban un sentido completamente diverso, a saber: fascismo = anticomunismo, o sea que el que atacaba al partido comunista era considerado fascista (modernamente se les llama imperialistas); de donde resultaba una posición de inferioridad para los demás partidos, que podían ser censurados y atacados por el comunista, no pudiendo responder a los ataques sin el riesgo de ser considerados fascistas, y, por consiguiente, enemigos de la U. R. S. S. Por la democracia = por el comunismo, así que sólo el partido y régimen comunista eran considerados por ellos como democráticos; los demás eran antidemocráticos, burgueses, etc.

Con estas armas en la mano, el partido comunista atacaba con el mayor descaro a los demás, sacaba a relucir las faltas que éstos habían cometido durante los regímenes anteriores, e incluso los acusaba de colaboracionistas con el nazismo, a pesar de haber convenido en una de sus conferencias los tres grandes aliados que evitarían esta acusación, que además de ser falsa desunía la colaboración de los partidos.

Al mismo tiempo procuraban infiltrarse elementos comunistas en los demás partidos para sembrar la confusión y desunión produciendo escisiones por el motivo de que los jefes de los partidos tradicionales eran profascistas y enemigos de la U. R. S. S.

2.º *En lo económico y social.* — La principal medida tomada en esta primera etapa fué en todas partes la llamada reforma agraria, bajo la consigna: la tierra para los que la trabajan. Con esto se consiguió despojar a los grandes terratenientes de la mayor parte de sus campos, sin compensación alguna, para repartir una parte de estas tierras entre los campesinos pobres, a quienes les tocaba un lote insignificante de media o una hectárea; y otra parte para formar las granjas agrícolas «modelo», pertenecientes al Estado, anticipo de los famosos *kolhoz* o campos colectivos.

Se funda el sindicato único, que en esta primera fase

aparece como puramente profesional y apolítico; por consiguiente, pueden y deben entrar todos en él, aun los mismos sacerdotes, como así sucedió. Por el sindicato, dirigido casi siempre por elementos del partido comunista, con gran disgusto y oposición de los socialistas, que eran los más, comienza la propaganda de las formas marxistas y los ataques al sistema burgués y capitalista.

3.º *En lo religioso.* — Aparente libertad. Claro es que ningún sacerdote puede predicar desde el púlpito o enseñar en las escuelas confesionales algo contra el marxismo, pues inmediatamente es tildado de fascista y enemigo de la nación ocupante y libertadora, la U. R. S. S.

Esta primera etapa era necesaria: 1) Para dar tiempo a que el partido comunista engrosase sus filas con *oportunistas* de todos los matices políticos. 2) Para salvar las apariencias democráticas ante el mundo; pues hay que tener en cuenta que todo ocurría no a puerta cerrada como aconteció durante la revolución rusa, sino delante de los representantes de las otras naciones y especialmente de las grandes potencias occidentales.

Segunda etapa. — Conquista del poder

1.º *En lo político.* — Comienza esta segunda etapa con gobiernos provisionales todavía y, por consiguiente, sin haber hecho elecciones generales, que no podían hacer los comunistas dada su inferioridad numérica y la oposición que ya despuntaba en los demás partidos, sobre todo en los de centro. Había, pues, que preparar las primeras elecciones y conquistar el poder.

En unas naciones, la conquista del poder por los comunistas se hizo antes de las elecciones, con la intromisión y coacción directa de la Unión Soviética; por ejemplo: Polonia, Bulgaria y Rumania. En otras, precedieron elecciones generales, y viendo los comunistas que las elecciones no habían dado los resultados apetecidos por ellos, procedióse, siempre con intervención directa de Moscú, a la imposición de un gobierno comunista: Hungría y el más reciente caso de Checoslovaquia. El agente del Kremlin que intervenía en estas ocasiones era casi siempre el mismo: Vychinski.

En las naciones donde el golpe de estado, por así decirlo, precedió a las elecciones, el resultado de éstas era muy sencillo, valiéndose de los siguientes medios: 1) Formar un bloque común de todos los partidos de izquierda: comunistas, socialistas y escisiones izquierdistas de los partidos de centro. 2) Este bloque gubernamental, dirigido por los comunistas, tenía toda clase de libertades para atacar a la oposición, con la ventaja de no poder ser atacado, y todas las facilidades para la propaganda escrita, oral y por radio, contando con el erario público y con el apoyo del gobierno comunista. 3) Obstaculizar la propaganda de la oposición, suprimiendo periódicos, deteniendo a los jefes políticos con la acusación de complot contra la seguridad del Estado y contra la U. R. S. S., etc. 4) Forzar el resultado de las urnas a su favor.

Los resultados bastante parecidos en todas esas naciones, de un 85 a 88 por 100 en favor del bloque gubernamental con preponderancia comunista, denota lo arbitrario de tales elecciones «democráticas», arbitrariedad reconocida por todas las naciones occidentales.

En Hungría y Checoslovaquia, donde las elecciones fueron algo más libres por no haber conquistado aún el poder los comunistas, los resultados fueron bastante desastrosos para ellos. Urgía, pues, la intervención coactiva de Moscú para cambiar el gobierno, substituyéndolo por miembros comunistas: Rakosy y Gostwal al frente de Hungría y Checoslovaquia, respectivamente.

Dueños absolutos del poder por voluntad explícita del «pueblo», y ejecutando las aspiraciones del «pueblo»: 1) Suprimen toda la prensa de los partidos de oposición,

llamados ya reaccionarios, burgueses y fascistas. 2) Siguen los procesos y encarcelamientos de los dirigentes políticos de oposición. 3) Suprimen los partidos de centro. 4) Obligan a los de izquierda, especialmente al socialista, a fusionarse con el comunista. 5) Los sindicatos dejan de ser puramente profesionales para pasar a ser políticos (= comunistas), siendo el mejor medio de actuar e influir en todos los sectores y al mismo tiempo de exigir de todos su colaboración para la instauración en la vida política, económica y aun religiosa de las teorías marxista-leninistas.

2.º *En lo económico y social.* — A los campesinos, siempre reaccionarios a las teorías comunistas de colectivización, se les exige grandes contribuciones en dinero y en cereales. Comienza la propaganda contra los *kulachs*, o sea agricultores propietarios de diez y cincuenta hectáreas, con vida económica desahogada.

A los industriales les hacen la vida cada día más difícil castigándoles severamente con multas y cárcel por la menor falta en el cumplimiento de la intrincada serie de órdenes y contraórdenes en lo referente a impuestos, cupos de materias primas, etc.

A los obreros se los saca cada dos por tres a la calle para manifestar y protestar contra los abusos de los industriales, etc.

Sólo los afiliados al partido obrero (comunista) tienen derechos y gozan de ciertos privilegios. Los demás son considerados sospechosos y como parias de la sociedad.

3.º *En lo religioso.* — Supresión de la prensa religiosa. Con motivo de acrecentar la unión y simpatía de cada nación con la nación protectora (U. R. S. S.), se introduce en todas las escuelas prensa y propaganda de Marx-Engels, Lenin y Stalin, cuyos retratos cubren las paredes de salas y aulas escolares. Comienza la detención de sacerdotes, especialmente católicos, con el fin de atemorizar a los demás.

Tercera etapa. — Comunización del país

Al llegar a esta tercera etapa, que es la actual, aunque no en todas las naciones del oriente europeo comenzó al mismo tiempo; empiezan los occidentales, y precisamente con lo sucedido en Checoslovaquia en febrero último, a darse cuenta «oficialmente» de los intentos de los partidos comunistas, o mejor de la Rusia Soviética. Las grandes potencias occidentales comienzan ahora a darse cuenta; pero las pequeñas naciones orientales sufren y sufren y Dios sabe hasta cuándo sufrirán, las consecuencias de la miopía de las grandes y de la depravada intención de su vecina, la U. R. S. S.

Dominando, pues, los resortes de la vida interna de cada país, podían ya los comunistas desarrollar sus planes de comunización sin estorbos serios y organizados.

1.º *En lo político.* — Dueños absolutos del gobierno y del congreso, pasan a renovar las Constituciones y a legislar en sentido enteramente comunista. La oposición está completamente desarticulada y no ofrece ya ninguna resistencia organizada, pues de sus principales componentes, unos están en las cárceles y campos de concentración y otros han huido al extranjero. Sólo queda la resistencia sorda, la popular, pero que por falta de jefes y por sobra de terror no puede oponerse.

2.º *En lo económico y social.* — Ha llegado la hora de nacionalizar los bancos, la industria y el comercio. Todo pasa a ser propiedad del «pueblo» y al servicio del «pueblo» (= Estado comunista), sin ser indemnizados sus antiguos propietarios o accionistas con un céntimo.

Junto con la nacionalización de la industria se ha implantado el sistema de terror entre los obreros. La consigna de los dirigentes del Comité de fábrica es: aumen-

PLURA UT UNUM

tar la producción en cantidad y calidad. Lo cual exige de los obreros una disciplina y esfuerzo férreos y además la responsabilidad personal de cada uno de ellos en los desperfectos de maquinaria y herramientas, que son considerados como actos de sabotaje contra el Estado socialista.

Por otra parte, como han de trabajar para el Estado del «pueblo», que, según la teoría, habría de cuidar de todas las necesidades materiales: de enfermedad, de la educación de los hijos, del descanso, etc.; los salarios se reducen a lo más mínimo, lo estrictamente necesario para no morir de hambre. Y, claro está, todo esto aceptado de buena voluntad, sin protestas públicas o privadas, sin huelgas, etc., porque de lo contrario serían tachados de fascistas, enemigos del pueblo y del Estado.

En el campo se está ahora haciendo cada vez más difícil la vida para los campesinos, agobiados con impuestos que han de pagar en cereales, única fuente de ingresos que les quedaba a ellos, no escapando de los impuestos ni los perros ni las aves de corral. Al mismo tiempo se intensifica la propaganda contra los labradores mejor situados, y, según mi modo de ver, creo que se prepara para este verano la colectivización de todas las tierras, creando el sistema soviético de *Kolhoz* o campos comunales del Estado, quedando los agricultores privados de sus propiedades agrícolas y de su correspondiente independencia económica y reducidos a peones del Estado.

3.º *En lo religioso.* — Hasta esta tercera etapa, las diversas confesiones habían gozado de una aparente tranquilidad y libertad. Pero en esta fase de comunizar a toda la nación, había que comunizar también a la Iglesia, único foco de resistencia organizada que quedaba aún.

Para entender mejor esta cuestión hay que partir de la realidad que en cada una de estas naciones existen diversas religiones: Católica, Protestante y Ortodoxa-Cismática. A estas dos últimas, por su falta de unidad doctrinal y por su estructura eminentemente nacional, era más fácil el reducirlas y forzarlas a aceptar los principios marxistas y aun a exigirles su colaboración con el gobierno comunista. La Iglesia Católica no podía claudicar de sus principios y de su organización universal con sujeción al Romano Pontífice, pues, de lo contrario, dejaría de ser lo que es. Y esto lo sabían muy bien Moscú y los dirigentes comunistas nacionales. Esto supuesto, veamos cómo han tratado de comunizar a las Iglesias. 1) Supresión de escuelas confesionales, sometiendo toda la enseñanza al Estado. 2) Supresión de toda enseñanza religiosa en las escuelas y colegios de toda la nación. 3) Supresión de toda organización religiosa; de manifestaciones religiosas, como procesiones y peregrinaciones a Santuarios, tan famosas en todo el oriente europeo. 4) Supresión de toda la prensa religiosa, y aun la oficial de cada diócesis censurada por el Estado, así como también las Pastorales de los señores Obispos a sus diocesanos. 5) Reducción de Obispados y Parroquias. De todo lo cual se ve que la labor de la Iglesia queda reducida a solas las funciones de culto.

Al mismo tiempo, en las células y reuniones comunistas se hace mucha propaganda contra toda creencia religiosa, siendo considerados como sospechosos los que frecuentan la Iglesia e imponiendo impuestos exorbitantes para los casamientos y otras prácticas religiosas con el fin de apartar a los fieles más y más de la Iglesia.

Las autoridades religiosas protestantes y cismáticas han obedecido sumisa y vilmente a estos preceptos, aunque gran parte del clero y, sobre todo, el pueblo protesta y condena la actitud de sus jerarcas.

Los Obispos católicos no se han sujetado, porque no pueden sujetarse jamás. Por consiguiente, guerra a la Jerarquía católica, llamada reaccionaria, enemiga de la U. R. S. S. y aliada de las potencias imperialistas. Esta guerra contra la Iglesia católica tenía por fin romper su firmeza y espíritu de resistencia o destruyéndola completamente o formando Iglesias católicas (!) nacionales desunidas de Roma. La ofensiva se desarrolló bajo el siguiente plan: 1) Una tenaz propaganda por la prensa, discursos, conferencias, radio, etc., contra el Papa y los Obispos. 2) Simultáneamente son detenidos muchos sacerdotes influyentes para atemorizar a los demás. 3) Más tarde son detenidos también muchos Prelados. 4) Se impide toda comunicación de los Obispos con Roma. 5) Se buscan elementos de algún renombre entre los católicos, sobre todo Obispos, para formar con ellos Iglesias separadas de Roma. 6) Donde los católicos eran de rito oriental se los une forzadamente a la Iglesia Cismática, disolviéndose por decreto la Iglesia Católica Oriental (Rusia Subcarpática, Rumania).

Tales medidas, verdaderamente persecutorias, son presentadas al exterior como medidas de seguridad del Estado; es el caso actual del Primado de Hungría, y según los comunistas, cesarian tales medidas el día en que los católicos aceptasen a colaborar con el gobierno y con las teorías marxistas como lo hacían ya los protestantes y los cismáticos. ¡Qué más querrían los gobiernos comunistas! Saben muy bien ellos que la gente sencilla de estas naciones, especialmente los campesinos, por una parte tienen en gran estima y veneración a los sacerdotes y sus enseñanzas, y por otra son sumamente reacios al comunismo. Por consiguiente, más que destruir a la Iglesia les interesa a los comunistas (por ahora) su colaboración para influir y predicar por los mismos sacerdotes la sumisión al régimen actual y la moralidad y aun necesidad de las reformas político-económicas de tipo marxista. Por otra parte, se salvaría, por lo menos para la propaganda, la libertad de cultos, pero al estilo comunista, a saber: libertad en actos de culto y sujeción en dogmas y principios.

* * *

Con esta tercera etapa que está ahora perfeccionándose se llega a la terrible realidad del paraíso comunista: supresión de toda independencia económica en los particulares, viviendo todos directa o indirectamente del Estado, pues todo está nacionalizado, y no hay otra fuente de ingresos que la del Estado. De donde se sigue que para poder ganarse el mendrugo de pan de cada día han de subordinarse a todas las teorías y procedimientos, a todos los mandatos y leyes del Estado comunista, han de leer lo que publica el Estado, han de decir lo que dice el Estado, han de moverse como quiere el Estado; lo que en puro castellano significa: vida de esclavos.

P. Orduna, S. J.

RUMANIA: LA UNION CON ROMA Y LOS INTERESES NACIONALES

El hombre, viviendo en medio de la sociedad o encuadrado en una organización de cualquier género que sea, religioso, político, etc., es mucho más sensible a las cosas que pueden reportarle beneficios inmediatos. La mayoría de ellos viven en el presente sin cuidarse del futuro. ¡Cuántas veces no sucede que alguien haga una cosa, no porque así se lo indique la religión cristiana, sino porque primeramente se siente español, rumano o americano! Vivimos todavía en una época en la cual los sentimientos y los intereses nacionales o privados están por encima de la religión y del ideal cristiano o se oponen propiamente a este último. Sin embargo, hay también excepciones, cuando los intereses nacionales cooperan y ayudan a la realización de este ideal cristiano de unión.

Ideológicamente, cualquier conversión al catolicismo debe hacerse solamente por convicción. Pero esto no sucede siempre, especialmente cuando se trata de pueblos enteros. Además de la convicción religiosa, confesada o no, intervienen ciertos intereses de orden colectivo y nacional, que no hacen otra cosa que fortalecer aquella convicción basada en la fe.

Este es el caso de Rumania. No sólo los intereses y los ideales nacionales cooperan cada día más al movimiento *pro unione ecclesiae*, sino que se ha llegado a una verdadera encrucijada histórica cuando todos sus ideales parecen dictarle este gran paso de pacificación y unión con Roma.

Para poder comprender este hecho, hace falta, previamente, volver para atrás, al pasado. Hacer una breve incursión en su historia desde su nacimiento hasta nuestros días, y examinar el papel que ha jugado la Iglesia y en qué modo ha contribuido a la realización de los ideales y de los intereses nacionales.

Tengo que advertir, sin embargo, que los ideales nacionales rumanos no son de orden imperialista, como es el caso de Rusia, sino de orden espiritual y humanitario, y el ideal de su independencia y unidad nacional no es sino consecuencia lógica de esto, bien fundada desde todos los puntos de vista.

Este pueblo rumano nunca ha tenido aquellas malas intenciones ni pensado pasar a la Historia como opresor de otros pueblos. La fuerza ha sido siempre considerada como un signo de debilidad y de pequeñez. En su vida no ha tenido tiempo más que para defenderse y para asegurarse la existencia en medio de tantos peligros y pueblos que no tenían nada común con él. Por tal causa no ha sido jamás dueño de su destino y de desarrollarse según su voluntad, ni tampoco de determinarse su forma de religión. Cómo existe y cómo es todavía un pueblo cristiano en su forma actual es «un enigma y un milagro histórico», como lo califica un historiador, que no se ha repetido jamás con otros pueblos. ¿Qué le ha mantenido tan firme a través de dos mil años? ¿Qué substrato espiritual ha tenido para que se conserve inalterado hasta hoy día, puesto que políticamente sólo en 1920 ha logrado formar un Estado que comprenda a todos los rumanos? Solamente dos cosas: su fe y su latinidad. Si los ocupantes lo han despojado de sus bienes materiales, si lo han forzado a cambiar de rito y a estar bajo diversas jurisdicciones, en su intimidad ha rezado siempre al mismo Dios, al mismo Cristo que ha conocido primeramente. Ni los tiempos, ni las persecuciones le han podido cambiar. Los templos y los monasterios han constituido para el pueblo rumano el lugar de refugio. Allí ha confesado él sus dolores, delante de su Cristo, y de allí ha tomado luz, fuerza y esperanza para hacer frente al enemigo. No ha sido la clase rectora la que ha conservado esta fe, sino el pueblo mismo, la gente ligada a la tierra; ella ha sido la depositaria de todos los bienes espirituales y de las tradiciones; al contrario de lo que sucede en los pueblos de origen germánico.

Al lado de su fe estaba su latinidad. Una cosa común a los otros pueblos latinos es que todos sus ideales se atan y giran alrededor de esta idea que le ha servido de escudo y de defensa. Aunque se haya separado del cuerpo de la romanidad, no por eso ha dejado de mirar hacia Roma con admiración y con soberbia al mismo tiempo.

Nacido del cruce entre dacios y romanos, de los que ha recibido el cristianismo en forma latina, se ha desarrollado bajo la guía de esta fe que le ha hecho apto y maduro para enfrentarse con los malos acontecimientos que con tanta frecuencia han oscurecido su cielo.

Que ha recibido el cristianismo en forma latina nos lo demuestran numerosas palabras en materia religiosa y no menos documentos históricos, como cruces, tumbas e inscripciones latinas. Así ha vivido el pueblo rumano más de cinco siglos, con su religión, costumbres y tradiciones romanas. En este tiempo se han abatido sobre él una docena de pueblos bárbaros que el vulcano asiático echaba con intermitencia sobre Europa; pero que han pasado como el agua sobre las piedras que se quedan, sin dejarle huellas en su vida y especialmente sin alterar el alma y la estructura espiritual.

Las cosas han cambiado totalmente cuando los búlgaros se han fijado al sur del Danubio. En breve llegan a ser una potencia, y en 635, en tiempo del príncipe búlgaro Cubrat, los ruma-

nos caen bajo la ocupación de éstos. Bajo el rey Boris (852-888), los búlgaros adoptan el cristianismo en forma eslavona.

Desde aquel momento podríamos decir con Goethe antes del combate de Valmy: «Ha empezado una era nueva» en la historia del pueblo rumano. Una era desdichada —como la calificaba un rumano— en la que ha debido sufrir mucho y en la que cualquier buen rumano piensa hoy con tristeza y con dolor. No se contentaban esta vez los búlgaros con las riquezas materiales como los otros pueblos bárbaros, sino que querían hacer del pueblo rumano un nuevo adepto del cristianismo eslavo, y con este fin utilizaban los más diversos métodos, desde misioneros hasta la misma fuerza bruta y la persecución en masa.

En un libro editado en búlgaro en Buda (1844) con el nombre de *Tzarstvenica*, sobre la biografía de los reyes búlgaros, se puede leer un párrafo citado también por el Obispo Melchisedek Ilario:

«Después de la muerte del Patriarca San Juan, que ayudó al emperador Asan a subir al trono, éste llamó al padre Teofilact de Ohrida y le puso como Patriarca en Trnov. San Teofilact limpió a Bulgaria de todas las herejías que había en ella. Después aconsejó al emperador pasar a Valaquia (Rumania) y limpiarla también de la herejía romana que por entonces reinaba. Asán fué y ocupó ambas Valaquias y forzó a los rumanos, que hasta entonces habían leído en latín (claro que en los libros religiosos, como también en latín rezaban), a dejar la confesión romana y a leer en búlgaro, dando la orden de que aquel que en adelante leyera en latín le fuera cortada la lengua.»

Este documento coincide maravillosamente con una leyenda popular rumana que data de aquellos tiempos y que nos describe los mismos acontecimientos, si bien con la exageración propia de este género literario. Lo único que se puede objetar a este documento es que no ha sido Asan el que ha ocupado Valaquia y ha perseguido a los rumanos, sino Bogor o Simeón, con ciento cincuenta o doscientos años de anterioridad.

El historiador rumano Xenopol, de religión ortodoxa, escribe sobre este punto: «Los rumanos tenían, antes de caer bajo los búlgaros, una forma religiosa nacional: el cristianismo latino. El paso del cristianismo romano al búlgaro se debe a una presión exterior, porque no existía ningún motivo para que los rumanos hubiesen abandonado una forma de religión que entendían por otra que no entendían.»

Por tanto, tanto en los escritos rumanos cuanto como de los extranjeros, resulta claro que hasta el siglo IX, el pueblo rumano fué latino en fe, costumbres y habla, y que solamente forzado adoptó el rito y el idioma eslavo. En tales condiciones, la iglesia rumana sigue el cisma de 1054, determinada por la situación geográfica y política de Rumania.

Cuando el imperio búlgaro era todavía potente, la iglesia rumana dependía del patriarcado de Ohrida, y solamente en 1359 entra bajo la jurisdicción de Constantinopla. Toda esta época, desde el 900 al 1650, en que se introduce nuevamente el rumano en las iglesias, es un vacío en su historia. Ningún historiador habla del medioevo. Teóricamente ha desaparecido el pueblo rumano de la tierra. Sobre su existencia, su modo de ser, sus ideales, ha descendido la capa fría del eslavonismo que ha helado todas sus actividades y manifestaciones, manteniéndolas como presas en una potente camisa de fuerza. El eslavono se encontraba en todas partes como idioma oficial: en la iglesia, en las escuelas, en los actos públicos y privados. La ocasión de los rumanos ha sido la invasión de los turcos. Con todo lo que han debido sacrificar, luchando contra ellos y deteniéndoles en su avance hacia el centro de Europa, han podido, sin embargo, salir de la obscuridad histórica en que yacían y demostrar al mundo entero que la semilla romana echada en aquella tierra era capaz de vencer tiempos y hombres para manifestarse libremente.

Así se presentaban las cosas en Moldavia y Muntenia. En Transilvania, la situación no estaba mejor. Bajo la ocupación austrohúngara, los rumanos tenían la función de esclavos y perseguidos, peor que por parte de los turcos. En este sentido, los reyes católicos no han sabido estar a la altura del momento histórico, transformando el ideal y la caridad cristianos en un ideal terreno y político. Más de una vez, los papas Inocencio III y Gregorio IX han intervenido para facilitar la vida de los rumanos y darles obispos de rito e idioma propios, pero sin resultado. Los reyes de la corona de Szent-Istvan han llegado hasta negarles la existencia de un alma.

La unión de la iglesia transilvana con Roma, hecha en 1701, tiene innegablemente dos aspectos: a) el cristianismo —la unión se hizo por convicción religiosa—, y b) el político nacional. Por una parte, los rumanos entran nuevamente en el concierto de los pueblos católicos; por otra, ganan derechos iguales a los demás pueblos habitantes de Transilvania. Los rumanos podían cursar en escuelas superiores, irse a Roma o a Viena, lo que no les era permitido antes. Pero contrariamente a las esperanzas de los austrohúngaros, los rumanos volvían de Roma con la idea de la latinidad renovada y de que el territorio sobre el que vivían les

pertenecía históricamente y de hecho, siendo la mayoría de la población transilvana. A través de la unión se reencuentra la llama de la latinidad y de la independencia nacional, primeramente en Transilvania y después en todos los rincones en donde habitaba un rumano. Blajol, con sus escuelas, residencia del metropolitano unido, se transforma en una *pequeña Roma* y contribuye en máximo grado a la unidad espiritual del pueblo rumano, que lógicamente le conducirá a la unidad territorial. De la unión de esta fracción de la iglesia rumana con Roma, el pueblo rumano no ha experimentado más que provechos y de los mayores, no solamente en el campo espiritual, sino también en el nacional.

La última época se caracteriza por el peligro que representa Rusia, no solamente para Rumania, sino para todo el Oriente. Desde 1711, cuando por primera vez se pone en contacto con los rumanos, hasta nuestros días, Rusia ha representado a través de las diversas formas del paneslavismo una espada suspendida permanentemente sobre la cabeza del pueblo rumano. Desde Pedro el Grande, que lanza la histórica frase «gimen los griegos, rumanos, búlgaros y serbios», hasta Stalin con «La Internacional», presentándose Rusia como protectora de pueblos, ha perseguido siempre un mismo fin: hacer de los rumanos, por mediación de la religión ortodoxa común o por la fuerza, ciudadanos de un mismo infierno, no cuenta si zarista o comunista. Hoy, la Iglesia

ortodoxa es un instrumento político y una de las armas más potentes en la obra de la eslavización o bolchevización de Rumania. En este sentido debe entenderse toda la política actual de Rusia. Si hoy por hoy deja todavía una cierta libertad religiosa, es propiamente para atraer a las masas. En el momento de que se convenza de que estos métodos le han fallado, utilizará la fuerza. El primer paso lo ha dado ya al declarar a la Iglesia rumana fuera de la ley, y las deportaciones de sacerdotes y fieles, empezadas en 1945, se acercan al punto culminante. Frente a esta situación, ¿qué actitud tomará la Iglesia rumana? ¿Se prestará al juego político del comunismo, preferirá el martirio general, o buscará la unión con Roma, único y mejor camino? Es difícil profetizar nada con un ejército de ocupación dentro del país. El problema queda aplazado para el futuro.

De lo poco expuesto nos podemos dar cuenta de lo que ha significado el ortodoxismo y el catolicismo en la vida del pueblo rumano bajo el aspecto nacional, y podemos pronosticar los efectos que tendría una unión de la Iglesia rumana con Roma.

Dentro y fuera del país existe un movimiento en este sentido, pero todavía en estado embrionario. Cuál de las fuerzas nacionales o políticas de hoy se sumará por entero a esta idea, es algo que queda por ver, así como también cómo se realizará. Los intereses de la cristiandad y los nacionales lo piden.

Cornelio Rotaru

La religión cristiana puede ser calumniada y combatida, pero no puede ser vencida

Carta del Papa al Episcopado de Hungría (2 de enero de 1949)

A los venerables hermanos, Arzobispos y Obispos de Hungría.

Venerables hermanos: salud y bendición apostólica.

La noticia de que nuestro amado hijo el Cardenal José Mindszenty, Arzobispo de Esztergom, ha sido detenido y alejado de su sede con audacia temeraria, nos ha causado profundo pesar, porque en la persona de tan benemérito Prelado se ha ofendido gravemente el sagrado respeto que se debe a la religión y a la misma dignidad humana.

Por esto, la conciencia y el deber nos obligan a expresar públicamente nuestra queja y nuestro sentimiento por cuanto se ha perpetrado contra los derechos de la Iglesia, con suma indignación y tristeza no sólo de los católicos húngaros, sino también de los de todo el mundo, y a protestar solemnemente contra la grave injuria inferida a la Iglesia toda.

Conocemos muy bien los méritos de este óptimo pastor; conocemos la tenacidad y la pureza de su fe; conocemos su fortaleza apostólica en la tutela de las doctrinas cristianas y en la reivindicación de los sagrados derechos de la religión. Y si, con pecho fuerte, impávido, se creyó en el deber de oponerse al ver que la libertad de la Iglesia iba siendo cada vez más limitada y coartada, y, sobre todo, al ver impedido con grave detrimento de los fieles el magisterio y ministerio eclesiástico que debe ejercitarse no sólo en las iglesias, sino también al aire libre, en las manifestaciones públicas de fe, en las escuelas inferiores y superiores, en la prensa, en las piadosas peregrinaciones a los santuarios y con las asociaciones católicas, todo esto no es ciertamente para él motivo de acusación o de deshonor, sino más bien de agravio, ya que son cosas que conciernen a su oficio de vigilante pastor.

Deseamos, pues, venerables hermanos, tomar una parte con paternal sentimiento en vuestro dolor y en vuestra pena, y deseamos también dirigiros en el nombre del Señor nuestra exhortación para que, como siempre habéis solido hacer, de manera especialísima en esta grave alternativa, estéis resueltos a seguir desempeñando vuestro ministerio pastoral con asidua diligencia y con unidad de pareceres, sentimientos y actuaciones, acordándoos siempre de que por la libertad de la Iglesia y por sus derechos sacrosantos deben soportarse no sólo fatigas y dolores, sino, cuando esto fuera necesario, hasta la privación de la vida...

Sabemos perfectamente cuán peligrosa tempestad se ha desencadenado sobre vosotros y sobre la grey encomenda-

da a vuestros cuidados. Pero de la misma manera nos es conocido vuestro celo apostólico; de la misma manera es cierta y experimentada vuestra prudencia pastoral y vuestra firme unidad de intenciones, iniciativas y actividades, y de la misma es conocida y experimentada vuestra indómita firmeza que, apoyándose únicamente en la ayuda de Dios, todo lo puede vencer, todo lo puede superar.

Uniendo, pues, vuestras directivas, y fundiendo en uno solo vuestros esfuerzos, seguid adelante, venerables hermanos, armados de aquella fortaleza que viene del cielo y que se alimenta con la divina gracia. No os dejéis desviar por aquellas falaces apariencias de verdad con que se suele seducir a las almas por medio de engaños y de alicientes. Vuestros antepasados que ya en los tiempos pretéritos tuvieron que resistir a toda clase de errores y superar las más arduas dificultades, os enseñan clarísimamente que la religión cristiana puede ser calumniada y combatida, pero no puede ser vencida.

Caminad confiados siguiendo sus ejemplos. Sea para vosotros campo fructuoso de apostolado todo lo que la doctrina cristiana exige en lo tocante a la fe y a las obras de aquel apostolado que no huye de ninguna fatiga ni se conmueve o turba por temor al enemigo.

Vosotros hallaréis un consuelo, que es el mayor que se puede encontrar; es decir, el consuelo de trabajar y combatir por el reino pacificador y salvador de Jesucristo, reino que no es de este mundo (cf. Juan, 18-36), porque tiene como fin reformar las costumbres de los hombres en la verdad, en la justicia y en la caridad de encaminar a todos hacia la patria celestial y la felicidad eterna a través de este destierro terrestre.

De modo especial deseamos, venerables hermanos, que, elevando nuestras plegarias al Divino Redentor y a su Madre Santísima, Patrona de Hungría, y aun por aquellos que os persiguen, todos a una y con insistencia imploréis la luz celestial para las mentes que están oscurecidas por el error, la concordia y la cooperación para quienes están separados por el odio y los rencores, de manera que, finalmente, con el auxilio de la divina gracia, surjan tiempos mejores y más tranquilos para vuestra querida patria.

Sirva para avalorar y actuar estos augurios nuestros la bendición apostólica que con grandísimo afecto os impartimos a vosotros, venerables hermanos, a la grey a cada uno de vosotros confiada y de modo especial a aquellos que padecen persecución por la justicia (Mat., 5-10).

Benjamín Disraeli precursor del sionismo

y II(*)

Disraeli se enfrenta con Rusia

El Tratado de San Stéfano adquiría visos de constituir un instrumento esencial en manos de los rusos para la total conquista de los Balcanes. ¿Iba a cumplirse el vaticinio de Donoso Cortés? Las palabras del gran orador adquirirían de pronto una renovada actualidad: «Para que Rusia se apodere de Europa, son necesarios estos tres acontecimientos, todos los cuales son no sólo posibles sino también probables: ... tercero, la finalización de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos eslavos, bajo la influencia y el protectorado de Rusia». ¿Había sonado la hora triunfal para la raza eslava? Tal era el interrogante, pletórico de inquietud y sospechas, que cual espada de Damocles pendía amenazador sobre los gobernantes del Imperio austrohúngaro.

Disraeli entrevió que el problema de Turquía puede alcanzar muy pronto su momento crucial; más todavía, el momento crucial, para su mente inquieta, ha llegado ya.

¡Hay que decidirse a toda costa antes de que sea demasiado tarde! Tal es la consigna que impone, contra viento y marea, en aquel instante. La flota británica echa sus anclas en los Dardanelos bien provista de unidades de desembarco; tropas de Malta y de la India se dirigen simultáneamente a Turquía. Inglaterra, por obra personal de su primer Ministro, se halla en pie de guerra.

Apoyado por los cañones de los buques de la Armada, que dirigen sus bocas de fuego más allá de Constantinopla en dirección al septentrión, lord Salisbury, el sucesor de lord Derby en el Ministerio de Asuntos Exteriores, dirige una nota conminatoria al gobierno del zar, precisando que el Tratado de San Stéfano es contrario a los intereses de la Corona y del pueblo británicos.

¡Inglaterra se halla dispuesta a defender con todas sus consecuencias la integridad e inviolabilidad de Turquía! Así clama Disraeli en la Cámara, mientras Bismarck, con un gesto irónico de desinterés, trata de reunir en Alemania a los representantes de los principales Estados para llegar a una inteligencia sobre el espinoso asunto.

Pero Disraeli no ha dicho toda la verdad.

Escribe un historiador que Beaconsfield «no sentía en el fondo ninguna debilidad hacia Turquía. No era un político sentimental. Ni le repugnaba tomar parte en la partición del Imperio otomano» (1).

¿Y cómo había de repugnarle si en el reparto de aquel decadente Imperio se hallaba involucrado, en alucinante promesa, el comienzo de una nueva era para el pueblo judío, la posibilidad de su retorno a la tierra de promisión?

Lo que no interesaba ciertamente al flamante lord era que Rusia se atribuyese facultades soberanas en el previsto reparto. Disraeli anhelaba llevar personalmente la dirección del mismo para la exacta realización de sus objetivos: ¡serviría a la grandeza de Inglaterra, pero no dejaría de servir a los intereses y conveniencias de Israel!

La diplomacia se pone en movimiento a fin de obtener colaboraciones y neutralidades benévolas. En la Corte de Viena dan comienzo una serie de conversaciones misteriosas; al mismo tiempo se aceptan los buenos oficios de

Schouvaloff, embajador del zar en Londres, para intentar llegar a un acuerdo con Rusia.

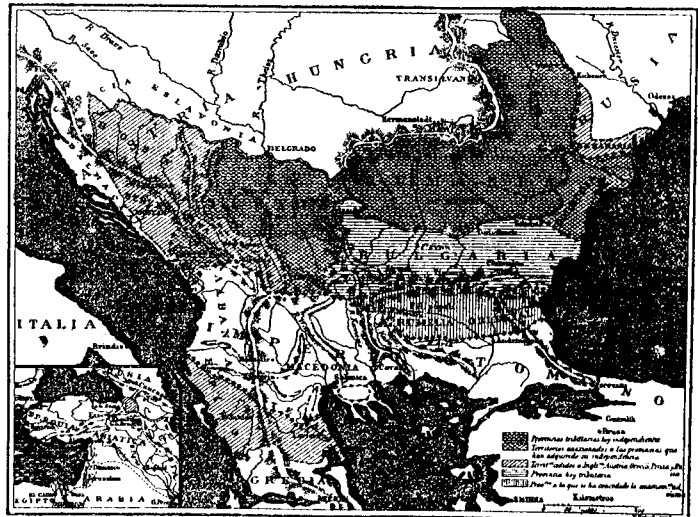
El 30 de mayo, Schouvaloff firma con lord Salisbury un acuerdo a tenor del cual el gobierno ruso acepta reducir considerablemente las exigencias pactadas en San Stéfano, aunque logra conservar grandes ventajas. Sus conquistas en Asia y su influencia en la desembocadura del Danubio serán respetadas por Albión. ¿Qué ha sucedido para que Beaconsfield haga semejantes concesiones después de sus furibundos discursos y de la movilización radical decretada?

La solución del misterio se halla en Viena; pero si allí no logra Disraeli compensaciones —¡magníficas compensaciones!—, no será difícil encontrar alguna solución adecuada en Constantinopla. Turquía, de todos modos, habrá de pagar los platos rotos.

¿Qué busca Disraeli en Viena, después del estrepitoso fracaso de Ignatieff?

Disraeli propone el reparto de Turquía

«Beaconsfield y Salisbury —dice Debidour— se esfuerzan con éxito, frente a Rusia, a obtener para la Gran Bretaña en Oriente ventajas equivalentes a las logradas por el zar. Reconociendo *in petto* la perfecta imposibilidad de galvanizar y sanar el «hombre enfermo», procuran al menos que Inglaterra, «su mejor amiga», pueda apoderarse de una buena parte de sus despojos. ¿Cuál será esta parte? Si pudiesen, tomarían Egipto. Pero Francia, en aquel momento, no lo permitiría. A pesar de su anglofilia, Waddington no estaba dispuesto a sacrificar los intereses de su país al gobierno británico. Había aceptado asistir al Congreso, pero con las siguientes condiciones: 1.ª, que todas las potencias firmantes de los tratados de París y Londres estarían representadas; 2.ª, que las cuestiones planteadas por la última guerra serían solamente *agitées*; 3.ª, que no se hablaría ni de Egipto ni de Siria y que los derechos de Francia sobre los Santos Lugares no serían discutidos. Estas reservas, habiendo sido admitidas por las restantes potencias, no pudo Inglaterra rechazarlas. Como compensación, quiso concertar un acuerdo con



Mapa de los Balcanes, con arreglo al tratado de Berlín
(En el mapa de la Turquía asiática quedan señalados el territorio de Bakum y la isla de Chipre cedidos, respectivamente, a Rusia e Inglaterra)

(*) Véase CRISTIANDAD, núm. 119, pág. 116.

(1) A. Debidour: «Histoire diplomatique de l'Europe». T. II, pg. 510.

A LA LUZ DEL VATICANO

Austriahungría. Así propuso abiertamente a esta potencia repartirse con ella el *protectorado* (o sea el dominio indirecto) del Imperio otomano; Inglaterra se encargaba de las provincias asiáticas y dejaba las de Europa a la Corte de Viena» (2).

¡Las provincias turcas de Asia para Inglaterra! Lo que equivale a decir: Palestina para los judíos.

Pero Disraeli no ignora que si sus gestiones tienen éxito, habrá de defenderlas en Berlín contra los representantes de las otras grandes potencias. ¿Qué opinará Bismarck? ¿Cómo reaccionarán Francia y Rusia? Comprende entonces la necesidad de «ilustrar» convenientemente a los gobernantes europeos de su especial punto de vista, para crear un ambiente favorable a la soñada empresa. A este efecto, redacta sin más dilaciones una pequeña obra, cuyo manuscrito remite seguidamente a Viena a nombre de Chaloumetzki, influyente político austriaco, que se encargará de traducirlo al alemán, para su posterior difusión.

Pero las negociaciones con Austria no llegan a feliz término. «Francisco José y Andrassy, que no quieren exponerse a un conflicto cierto con Rusia, no se atreven a aceptar la combinación» (3). Sin embargo, la edición alemana de la obra de Disraeli está preparada. ¿Qué destino hay que dar a la misma? Poco tarda en hallarse una solución. El libro aparece a la luz pública con el sugestivo título de *La cuestión judía en el problema de Oriente*, pero en él no figura el nombre de su autor (4). Este se halla ahora en tratos con el sultán y de ningún modo quiere comprometer el éxito que espera alcanzar en Constantinopla.

Una vez más proclamará Disraeli que la política británica en Oriente se fundamenta en la defensa de la integridad de Turquía; y mientras tanto, incorpora con semejante pretexto —;con la avenencia, claro está, del sultán!— la estratégica isla de Chipre.

Pueden comenzar sin temor las sesiones del Congreso. Disraeli lleva a Berlín el texto de sus acuerdos con Rusia y con Turquía, acuerdos que permanecen en secreto hasta que la magna asamblea alcanza su punto culminante.

Justamente un mes después de haber dado comienzo, el Congreso da por acabada su tarea, firmándose el 13 de julio el Tratado que pone término a las cuestiones planteadas por la guerra rusoturca. Se compone el Tratado de 64 artículos; entre otras estipulaciones se declara la independencia de Serbia, Montenegro y Rumanía; se crean el principado de Bulgaria y el territorio de la Rumelia oriental. Bosnia y Herzegovina son entregadas a Austria. Los nuevos Estados quedan obligados, a instancias de Francia y con la benévola y entusiasta aprobación de Disraeli, a establecer una absoluta igualdad de derechos para todos sus súbditos sin distinción de cultos, disposición que interesa «sobre todo a los judíos, tan numerosos y hasta entonces tan maltratados en los Estados danubianos» (5).

Austria se hallaba complacida. Inglaterra convenía en reconocer un extraordinario talento político a su primer Ministro. Solamente Rusia, la vencedora de la guerra, y Turquía, en cuyo beneficio se decía haberse celebrado el Congreso, salían harto descontentas y decepcionadas de la reunión berlinesa.

El problema de Oriente y las aspiraciones judías sobre Palestina

Beaconsfield regresaba a Londres esperando recibir el aplauso entusiasta de sus conciudadanos. «Cuando el pri-

(2) A. Debidour. Obra cit., pág. 520.

(3) A. Debidour. Obra cit.

(4) *La Terre Retrouvée*, 1.º de marzo de 1948. Cit. por *Cahiers Sioniens*, 1.º de julio de 1948, pág. 386.

(5) A. Debidour. Obra cit.

mer Ministro —escribe uno de sus hermanos de raza— descendió del vagón, fué saludado por los duques de Northumberland, de Sutherland, de Abercorn, de Bedford, por el lord alcalde y los sheriffs de Londres. John Manners estaba también allí, al igual que Robert Peel, hijo del gran hombre de Estado. Del brazo de lord Salisbury, el anciano (Disraeli) atravesó despacio la doble fila de pares y miembros del Parlamento. A la salida de la estación, las aclamaciones fueron formidables. Trafalgar Square parecía una verdadera alfombra de cabezas. Sombreros y pañuelos eran agitados sin cesar. Las mujeres lanzaban flores sobre el coche. En Downing Street, tapizado de rojo, lord Beaconsfield fué obsequiado con un ramo de flores enviado por la Reina. Como las aclamaciones continuasen, hubo de salir al balcón con lord Salisbury y dirigiéndose a la multitud, pronunció las siguientes palabras: «Creo haberos traído la paz con el honor» (6).

¿Estaba, empero, satisfecho Disraeli? Inglaterra levantaba en aquellos días arcos de triunfo al hombre que había logrado incorporar a la Corona, sin derramamientos de sangre, un nuevo territorio de indudable importancia estratégica. Era Chipre y no ningún otro motivo sentimental o político, lo que había lanzado al pueblo londinense a la calle para festejar la llegada de quien lo había obtenido tan graciosamente de manos del sultán. Para Inglaterra, Disraeli había logrado sus objetivos; sin embargo, el hombre que había traído «la paz con el honor» no parecía creerlo así. Gozaba, claro está, con los aplausos de la multitud y no podía menos de enorgullecerse por su espléndida aportación al engrandecimiento del Imperio, pero en el fondo sufría dolorosamente por el gran fracaso. Sólo unos pocos iniciados podían conocer la íntima causa de la desazón disraeliana.

Hoy, a través de su libro, editado sin firma en Viena, nos es fácil comprender su estado de ánimo. Si, como escribía Disraeli, el problema de Oriente requería para su adecuada solución el «establecimiento del Estado judío en Palestina», era evidente que, a pesar del Tratado de Berlín y a pesar de Chipre, la cuestión de Oriente seguía en pie. ¡Menguado triunfo el suyo! Su espíritu debía vagar en aquel radiante día en que los cortesanos coronaban sus sienes con el laurel de la victoria, por entre los muros de la suspirada Jerusalén. Sus ilusiones se habían terminado definitivamente.

Otros seguidores suyos habrían de recoger su testamento. Inglaterra e Israel continuarían su marcha unidos, porque el Imperio británico se comprendía sólo en beneficio del judaísmo y porque, como se preguntaba Beaconsfield en su referida obra, «¿hay otra potencia que no sea Inglaterra que pueda asistir a la realización de la idea de la colonización de Palestina, y ser aceptada como protectora para esta colonia judía?» (7).

Pero esta solución —si así podemos llamarla— no pudo realizarse sin sangre. Para que el partido de Disraeli, en la persona de lord Balfour, pudiese entregar la Tierra Santa a los judíos, fué preciso que una gran guerra asolase a Europa y destruyese en sus cimientos los Imperios de Austria, de Alemania, de Rusia y de Turquía. Únicamente así pudo Inglaterra abrir las puertas de Palestina al judaísmo internacional.

Se cumplió el testamento de Disraeli, pero para Inglaterra se planteó un amenazador interrogante: ¿qué finalidad tenía desde aquel momento su grandioso Imperio?

No es ésta la ocasión adecuada para tratar de este punto específico. Pero no será inoportuno recordar que el Imperio británico desaparece en el instante preciso en que el judaísmo parece haber alcanzado una importantísima meta: cuando el ideal de Disraeli se ha llevado totalmente a la práctica.

José-Oriol Cuffi Canadell

(6) «Andre Maurois»: *La vie de Disraeli*, Gallimard, 1927, pág. 308.

(7) *La Terre Retrouvée*, cit.

¿Quiénes protegen la pornografía?

Nuestro nivel moral desciende, después de los momentos de exaltada tensión que alcanzó tras de la guerra civil.

Entonces, al hacer un examen de conciencia nacional y retrospectivo, a la llama de los incendios y con la súbita iluminación de los fogonazos, se vió claro que entre las causas remotas del conflicto estaba la elegante perversidad intelectual de algunas filosofías y la obscena corrupción de las masas por la propaganda inmoral; el odio político, atizado por organizaciones internacionales, y la frialdad religiosa, efecto del abandono del apostolado; y que lejos de limitarse a un conflicto armado de dos políticas de realizaciones concretas, la guerra significaba el enfrentamiento de dos mundos espirituales hasta que uno u otro de ellos quedara eliminado.

Entonces se hicieron grandes propósitos: nunca más sirenas intelectuales, nunca más libros que tuvieran semilla podrida, nunca más indiferencia del Poder público ante la corrupción del pueblo, nunca otra vez los políticos y las organizaciones que estuvieron al otro lado de nuestras trincheras.

Pero el esfuerzo cansa y reduce la atención. Los centinelas siguen alerta al peligro de los hombres y de las organizaciones políticas enemigas de la España nueva; no ven ya, o no ven ya tanto, cómo cortan las alambradas, acercándose de nuevo con su cautela tradicional, los libros y los espectáculos que terminan en la quema de conventos.

Hay por España libros que nunca debió dejar pasar la censura, no decimos por razones religiosas, sino por razones políticas a largo plazo; o al menos no en ediciones elegantes y populares, sino en ediciones serias y exclusivas para los hombres de estudio.

Pero no es nuestro propósito tratar de los libros, sino de los espectáculos, y limitándonos a un ejemplo aleccionador y actualísimo: la reposición de una pieza tristemente famosa de la época republicana: *Las Leandras*.

Es ya sintomático que en la refundición se haya conservado el título; para que nadie pueda dudar de la intención, las carteleras anunciaron al llegar a la representación número 200 que se trataba en realidad de la número 3.047. La... breve interrupción entre la 2.847 y la 2.848 no tiene importancia: fué sólo la guerra en que se mataron los españoles.

La obra es pornográfica, o las palabras castellanas están mal definidas en el diccionario. Porque se trata de un guión basado sobre el equívoco entre un colegio de señoritas y una casa de prostitución, y los diálogos se desenvuelven y se interpretan por el público en toda la brutal malicia de ese equívoco. Las palabras son accesorias; el ambiente es obsceno y basta; durante dos horas el espectador vive mentalmente en la obscenidad.

No pasaremos adelante sin preguntarnos cómo es posible que este espectáculo haya durado en Madrid, con dos o tres funciones diarias, desde el 29 de octubre hasta la semana en que escribimos. La respuesta no es la faciltona de que en las capitales grandes hay gentes para todo. Sí; hay gente para todo; en el momento preciso aparecen los asesinos y los incendiarios. No faltan nunca de paso algunos de esos hombres de provincias que consideran sus ocho días de negocios en Madrid como ocho días de vacaciones de la honradez. Pero centenares de representaciones teatrales significan centenares de miles de espectadores. Y entonces tenemos que confesar con dolor que los primeros protectores de la pornografía son los católicos, que no saben a cuánto están obligados por serlo. El catolicismo español ha crecido verticalmente durante los últi-

mos años en piedad y en instrucción, pero se queda corto en lógica. Todavía no sabe que sus dogmas y su devoción le obligan a un boicot inexorable de las taquillas donde le cobran dinero por atacar esa devoción y esos dogmas.

Pero, naturalmente, la pornografía tiene otros protectores. El pueblo es perpetuamente un menor de edad, proclive a la pereza ante el esfuerzo. Hay que avisarle y reñirle como a los chicos pequeños. He ahí el incumplido papel de la crítica.

El semanario *Signo*, órgano de los Jóvenes de Acción Católica, intentó hacerla severísima de la revista a que nos estamos refiriendo. Desgraciadamente, las galeradas tropezaron con obstáculos insuperables y no llegaron al público. El boletín de crítica de las Congregaciones Marianas, *Sipe*, escribía, en cambio, en su número del 6 de noviembre, una columna enérgica contra la obra y contra un grupo de «hombres, indolentes y cobardones, que no son capaces de romper compromisos humillantes» y han hecho posible la vuelta «de tan indigno espectáculo».

Frente a estas críticas y otras pocas más, el silencio o el aplauso. ¿Cómo no ver «el indudable valor, belleza y popularidad de su partitura musical, obra del llorado maestro Alonso»? Efectivamente, el mal, con música, entra mejor.

Más allá de la protección dispensada a la pornografía por la crítica, que olvida el aspecto de la fealdad moral para fijarse en la risa que los chistes equívocos provocan o en la gracia de los compases —que tendrían la misma con otra letra—, está la protección de quienes llevan a las tablas la inmoralidad. ¿Razones de dinero? Puede ser. ¿Razones más hondas? Puede ser también; hay que volver a la normalidad interrumpida, normalidad que se expresa por una cifra lamentable: tres mil y pico de representaciones... entre aquello y esto. Un primer paso para la normalidad completa, que ya irá llegando en otros aspectos por sus pasos contados.

Pero este afán de vuelta a la «normalidad» debe encontrar convencidas a las autoridades responsables, porque en materia de teatro no puede pasar nada que las autoridades no quieran que pase; y ha sido muy dura la batalla para que pueda hablarse de inadvertencia y alegarse carencia de información.

En efecto, la censura ordinaria de las piezas teatrales confirmó tres veces su fallo negativo; digámoslo en su honor y descargo. A pesar de ello, una fuerte presión ejercida sobre el Consejo Superior del Teatro logró la aprobación de la obra con rara conformidad. El dato es demasiado grave para que no merezca subrayarse: contra tres vetos sucesivos no hay un titubeo en el Consejo; la aprobación es total. ¿Qué nuevo y poderoso factor amoral ha entrado en escena?

La protección de la pornografía no por el Estado, ya lo sabemos, sino por la «camarilla» aludida por *Sipe*, nos parece la más grave, porque el protector de esas cosas puede no ser el Estado, pero la víctima sí que será el Estado, o la Historia no sería maestra de la vida.

Esta protección es tanto más grave si reiterada y contumaz. Con su permiso en el bolsillo, los empresarios y actores pueden desechar toda inquietud. Ahora será la Dirección General de Teatros la que, defendiéndose a sí misma, se encargará gratis de la defensa de la obra. Las protestas llueven y las gestiones se multiplican. Tenemos a la vista una del Secretariado de Espectáculos de la Junta Nacional de Acción Católica y una larga lista de cartas

COLABORACION

sobre el tema. Todas ineficaces; pero no se defiende la empresa; contesta la autoridad pública, que es la que se siente atacada.

La última gestión fué la oficial del Episcopado, presentada en propias manos en el ministerio correspondiente por dos Obispos comisionados al efecto. El resultado puede verse en las carteleras de la prensa. Y en el propósito de comenzar la nueva temporada por un paseo teatral a través de diversas provincias españolas.

No dejaremos de hacer una observación igualmente grave que las anteriores. Durante el tiempo de la República no existía una Dirección General de Cinematografía ni había censura estatal. Eso quiere decir que a un ataque

libre, los católicos podían contestar con una defensa libre; a una organización, con otra organización. Hoy las cosas han cambiado; pasado por los otros, a trancas y barrancas, el rubicón de la censura, los católicos se enfrentan con la autoridad. A cambio de algunos bienes, la estatificación tiene, cambiadas las tornas por el cambio de personas, algunos peligros. Y será una buena lección que podemos sacar incidentalmente, porque encierra indefinidas aplicaciones.

Tenemos que terminar resumiendo: esperamos de las autoridades, esperamos de la crítica, esperamos del público católico de Madrid y provincias. La pornografía no debe tener defensores.

(De la revista *Ecclesia*, 19 de febrero de 1949)

LA VIRGEN DE LA LUZ^(*) EN NUESTRA PENÍNSULA

Diversidad de imágenes autónomas bajo una misma advocación

La Virgen, Madre de la Luz

En este proceso ideológico evolutivo, ascensional, que venimos siguiendo, pasamos de la Virgen de la leyenda, la popular por antonomasia, a la del simbolismo poético, del misticismo, y de ella a la de un claro sentido teológico.

Dice Jesús de sí mismo: "Yo soy la luz del mundo" (Ioh. 8, 12). Luego si Cristo es la Luz, María es Madre de la Luz. Llegamos al último estadio, y desde él nos parece vislumbrar a la Corredentora en una manifestación de su supuesta Mediación universal (1).

Y si ya en los albores del medioevo se reconoce en la Mujer vestida del sol a la "Theotókos", a la procreadora terrena del "Logos", es decir, del Verbo, acaso cabrá pensar que los precedentes iconográficos remotos de este nuevo aspecto de María, habrá que buscarlos en aquellas representaciones apocalípticas a que hicimos referencia, en las que el Hijo se nos muestra circundado por el disco solar, una de cuyas derivaciones directas, tocantes a la Divina Maternidad, la hallamos en las imágenes, que se prolongaron hasta el siglo XVIII, de la Virgen de Esperanza realizadas en ocasiones con excesiva crudeza, y la otra derivación, en las efigies de la Virgen-Madre.

Más importa destacar que nos hallamos aquí ante la existencia de una representación tipológicamente definida, con la denominación de *Madre Santísima de la Luz*. ¿Cuál es su origen próximo? Si la persecución desencadenada por los protestantes contra la Virgen avivó en el campo católico la devoción mariana, la orden religiosa que fué el gran instrumento de la contrarreforma debía distinguirse en la propagación de su culto. En el libro publicado por la Compañía de Jesús en su primer siglo se nos advierte "que tomaron la resolución de honrar a la Virgen de una manera particular, viendo a los herejes injuriar y destruir sus imágenes" (2). Una piadosa historia nos relata cómo

en Sicilia, deseando un religioso jesuita poseer una pintura de la Virgen para las misiones, encargó a persona devota pidiera inspiración a la Señora sobre la forma en que debiera ser representada (3). Esta imagen "en el fondo—dice un autor—es una Virgen del Socorro ampliada con nuevos detalles sugeridos por la piedad ignaciana" (4). En efecto, podríamos descomponer sus elementos constitutivos de la siguiente manera: a) Parte central; la Virgen con el Niño, apoyando sus pies sobre cabezas angélicas, nimbada de luz y rodeada de estrellas, va a ser coronada por manos de ángeles; b) Con la mano derecha saca un pecador, o un alma, de la boca del abismo, esto es del pecado (Virgen del Socorro); y c) A la izquierda de la Señora un ángel ofrece a Jesús un azafate lleno de corazones de fieles, elemento este último aportado, según la propia historia de la imagen, por el religioso jesuita, y que responde a un tema muy en boga desde el final de la Edad Media, al que nos referimos en otra ocasión desde esta misma revista (5). Ahora bien, tal composición por si no fuera bastante inteligible, en algunas representaciones viene ampliamente explicada. El alma pecadora lleva una filacteria con esta leyenda: "Me cadam in obscurum, Mater". Jesús: "Ego sum lux mundi". Y al pie de la Virgen se lee: "Ex qua mundo lux est orta."

La Madre Santísima de la Luz tuvo considerable difusión por obra de la Compañía de Jesús. Y si, por ejemplo, la hallamos en un retablo de la parroquial de Granátula de Calatrava (Ciudad Real), es porque procede de la que fué iglesia de los jesuitas de Almagro (en la misma provincia). Es interesante el caso de una magnífica pintura del Museo Diocesano de Barcelona en la que se aprecia cómo la Madre de la Luz fué convertida con posterioridad en Virgen del Carmen, sustituyendo el alma pecadora

(*) Véase CRISTIANDAD, núm. 118, pág. 87.

(1) El Cardenal Gomá en su obra póstuma "María Santísima", Barcelona, 1941-1942, vol. II, pág. 63, desarrolla esta idea en relación con "Santa María Virgen de la Luz".

(2) "L'art religieux après le Concile de Trente", E. Mâle. Paris, 1932, pág. 30.

(3) La historia sobre el origen de esta imagen se halla en la "Novena a María Santísima Madre de la Luz dispuesta por un devoto suyo", Zaragoza. Francisco Moreno. Sin año (siglo XVIII).

(4) M. Trens, Pbro., obra cit., pág. 349.

(5) "Iconografía del Corazón de Jesús", CRISTIANDAD, número 30, pág. 272. A este respecto recordemos la ofrenda que en 1473 presentó Luis XI de Francia a la Virgen de Bolonia, consistente en un corazón de oro.

por un escapulario, y los corazones de los fieles, del azafate, por otros tantos escapularios. Esta composición también ha sido tratada por la escultura, y así la encontramos en una deliciosa talla del siglo XVIII en Almagre (desgraciadamente destruida).

Como Virgen misionera en su origen pasó a través de España y por conducto de los jesuitas a nuestras misiones americanas. (Brasil, como hemos visto, cae dentro de la órbita portuguesa). Evoquemos a este respecto aquellos estandartes que pasaron devotamente por México las simpáticas figuras del aragonés P. Javier Gómez (1701-1784) y del mejicano P. Miguel del Castillo (1707-1767); el primero recorriendo el Yucatán, insigne apóstol de los mayas, y el segundo en la propia capital. La importante ciudad industrial de León (Estado de Guanajuato) tiene por Patrona a la Madre Santísima de la Luz, a la que está dedicada su catedral, cuya construcción comenzaron los jesuitas poco antes de la expulsión de 1767, como iglesia del colegio que acababan de fundar (6).

Ejemplo curioso de estos movimientos migratorios es el de la Virgen *jesuítica* que se venera en Cuart de Poblet (Valencia), copatrona de la localidad, que parece haber sido importada de Méjico.

El caso de la Virgen iluminada

Después de lo expuesto podríamos dar por terminado este esbozo iconográfico (7) si no fuera que nos encontramos con algunas imágenes de la Candelaria, por otro nombre Nuestra Señora la Iluminada, a las que se adjudica también el título de la Luz, y para las cuales no encaja ninguno de los encasillados precedentes. Efectivamente, por razón del origen de su denominación, que no es otro, con evidencia, que el cirio o candela que lleva la Virgen, debieran incluirse en el primer grupo, al lado de la Patrona de Cuenca. Pero es de advertir que esta candela o luz, en el presente caso, no es más que un símbolo. Y este símbolo hace referencia precisamente a Jesús. Se trata, por consiguiente, de una manifestación de carácter mixto. La cual se desprende del tema de la presentación de Jesús al templo, en cuyo acto fué proclamado por Simeón "Luz para iluminar a las naciones" (Luc. 2,32). La fiesta de la Purificación es muy antigua en oriente y, al parecer, allí tuvo lugar, hacia el siglo V, la introducción de las candelas en la misma, ceremonia sugerida sin duda por las palabras del viejo Simeón, y que de oriente pasó a Roma.

Como ejemplo representativo de Virgen de la Luz identificada con la Candelaria, ahí tenemos la del altar mayor de la parroquia de Valfarta (Huesca), en el país de Monegros (8).

A su vera habrá que colocar, también, una versión moderna de la Virgen de la Luz, por participar, igualmente de este carácter mixto. Nos referimos a la de los claustros de la catedral de Barcelona, obra del escultor

(6) "La obra de los Jesuitas Mexicanos durante la época colonial, 1572-1767", Gerard Decorme, S. I. México, 1941, vol. I, págs. 119, 269, 283.

(7) Omitimos en gracia a la brevedad y a la índole de este trabajo, el examen de las causas determinantes de una impropia designación de la Luz a representaciones sin relación inmediata con tal advocación (una Dolorosa, Virgen del Rosario, etc.) y que por otra parte constituyen grupo de excepción (transposiciones).

(8) "España Mariana, Provincia de Huesca, Partidos de Fraga y Tamarite", S. Mercadal, Pbro., Lérida, 1873, pág. 63.



La jesuítica Madre Santísima de la Luz
Estandarte de misiones, pintado por Ugolini, s. XVIII. (Colección particular,

Bohigas, patrona gremial, Jesús, en esta imagen, sostiene un crisol del que sale una llama (la luz); mas, según interpretación auténtica, ella es, asimismo, símbolo de Cristo, Luz del mundo.

* * *

No sabemos sustraernos a la atracción de dejar estampadas las bellas palabras de Isaías, que son de ayer, de hoy y de siempre: "¡Levántate, ilumínate, Jerusalén! He aquí que viene tu Luz. La gloria del Señor resplandecerá sobre ti. La tierra yace sumida en tinieblas y los pueblos en la obscuridad; pero en ti ha aparecido el Señor y su claridad te ilumina: Las naciones caminarán guiadas por tu luz y los reyes al resplandor de tu estrella." (Is. 60, 1-3). Y prosigamos con San Efrén, el trovador de la Virgen: "De Ella salió la luz... Por María ha nacido la luz que disipó las tinieblas que nos vinieron por Eva, y cayeron sobre el linaje humano. Todo el orbe en densa obscuridad envuelto, ha sido iluminado por María" (9).

José M.^a de Solá-Morales

(9) Del Himno de S. Efrén, trad. en "Los nombres de María, Estudio teológico y místico...", U. Urrutia, S. I., Barcelona, 1932, pág. 322.

DE ACTUALIDAD

Alocución del Papa al Sacro Colegio, sobre la condena del Cardenal Mindszenty Los sacerdotes católicos de rito oriental son cruelmente perseguidos en Rumanía «Un gran día en la historia del mundo...»

Alocución del Papa al Sacro Colegio, sobre la condena del Cardenal Mindszenty

El día 14 de febrero se celebró un Consistorio secreto extraordinario en el transcurso del cual el Santo Padre dirigió al Sacro Colegio Cardenalicio una importante alocución, en la que hizo patente su dolor y tristeza por la detención y encarcelamiento del Cardenal José Mindszenty, y recordó su encíclica a los Obispos de Hungría en la que reprobaba pública y solemnemente la injuria que se infligía a la Iglesia.

Hizo hincapié el Romano Pontífice en la forma irregular en que se ha desarrollado el proceso, según el juicio que ha emitido el mundo civilizado, "la artificiosa y capciosa presentación de las acusaciones y el estado físico de este Prelado con inexplicables y ocultas intervenciones inconfesables, ya que cuando un hombre, hasta ahora lleno de vigor por su naturaleza y modo de proceder, se presenta improvisadamente tan débil y de mente tan vacilante, su modo de obrar más parece una acusación no contra sí mismo, sino contra los que le inculpan y condenan". "En todo esto —prosiguió diciendo el Papa—, una sola cosa es evidente: el fin principal de todo el proceso ha sido el perturbar la Iglesia Católica en Hungría, con la esperanza de obtener lo que dice la Sagrada Escritura: "Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño" (Mat. XXVI, 31).

Insistió el Santo Padre en que la Iglesia no se guía por motivos terrenos y admite cualquier forma de gobierno, "siempre que no repugne a los derechos divinos y humanos", pero que en el caso de que exista tal oposición, es deber de conciencia para los Obispos y para todos los fieles rechazar las leyes injustas". "No nos han faltado —agregó el Pontífice— los celestiales consuelos en estas angustiosas circunstancias, que han mitigado nuestro dolor", y mencionó, en primer lugar, la firmeza de la fe de los católicos húngaros; su confianza firmísima en los Obispos de Hungría y la solidaridad de que han dado pruebas, "participando de nuestra pena y juntando sus oraciones con las nuestras", los Cardenales, Arzobispos y Obispos del mundo entero, que, "a una con su clero y pueblo respectivo, nos han dirigido las más fervientes cartas y telegramas que expresan su protesta, lamentando la injuria inferida, y prometiendo que, tanto pública como privadamente, presentarán sus súplicas a Dios".

Y añadió el Papa: "Es nuestro ardiente deseo que todos sigan rogando, porque siempre que la causa católica es sacudida por tan violentas tempestades, imposibles de vencer y superar por el poder humano, es necesario acudir confiadamente al Redentor divino, que es el único que puede calmar las olas encrespadas y devolver la serena tranquilidad."

Los sacerdotes católicos de rito oriental, son cruelmente perseguidos en Rumanía

Continúa con intensidad creciente la presión de las autoridades rumanas sobre el clero católico de rito oriental, para obligarle a ingresar en la iglesia cismática. Des-

de la supresión "oficial" de la Iglesia Católica Oriental —que cuenta con un Arzobispo metropolitano, cuatro Obispos, mil seiscientos sacerdotes y un millón y medio de fieles—, todos los sacerdotes son objeto de cruel persecución si se niegan a aceptar el nuevo estado de cosas creado por el gobierno comunista.

Innumerables ministros de la Iglesia pagan con la prisión y la tortura su inquebrantable fidelidad a Cristo y a su Iglesia. Un sacerdote fué recientemente encerrado en una estrecha celda, descalzo y privado de alimentos y agua durante varios días; otro fué torturado con potentes focos eléctricos que le hicieron perder el sentido, un tercer sacerdote fué sumergido durante largas horas en el agua fría de una laguna.

El número total de sacerdotes detenidos se ignora a ciencia cierta, pero se sabe que en la prisión de Aiud se encuentran más de trescientos. Se les prohíbe el uso del breviario y de toda asistencia espiritual incluso en trance de muerte.

«Un gran día en la historia del mundo...»

En el número anterior dábamos cuenta de los resultados definitivos de las elecciones celebradas por los judíos en Palestina. Hoy podemos ampliar algo más dichas noticias, después del acto inaugural del Parlamento instalado por los sionistas en Jerusalén, del que forman parte los diputados elegidos en dichas elecciones.

El número total de diputados es, como indicábamos, de 120, pertenecientes a los siguientes partidos:

M. A. P. A. I.	44
M. A. P. A. M.	18
Frente religioso	15
Heouth (Irgum)	14
Sionistas	7
Progresistas	5
Sepharadim	5
Comunistas	4
Arabes (Nazaret)	3
Stern	1
Yemenitas	1
Wizo	1

Natan Friedman Yellin, jefe del Stern, fué, según preveíamos, amnistiado y pudo tomar parte, como diputado, en la primera reunión parlamentaria. También resultó elegido el jefe del Irgun Zvai Leumi, Menha-en Beigin.

En el discurso pronunciado por Chaím Weizmann en el acto inaugural, figuran las siguientes palabras:

«Este es un gran día para nosotros. Que no se nos juzgue como excesivamente presuntuosos si decimos que es también un gran día en la historia del mundo. Un mensaje surge de esta ciudad santa a través del universo, para todos los que están perseguidos y oprimidos y luchan por su libertad. Si nos ha sido permitido, a nosotros que somos un pueblo de duelo y de aflicción, vivir tan gran día, significa que la esperanza se abre a todos aquellos que tienen sed de justicia.»

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

La Revista CRISTIANDAD tiene lectores en los siguientes países:

Europa

BELGICA: Lieja
FRANCIA: París, Bordeaux, Angers, Lignières, Lourdes
HOLANDA: Nijmegen
INGLATERRA: Londres, Oxford, Chipping Northon, Eastbourne, Newcastle-On-Tyne
IRLANDA: Dublín, Ballinasloe, Cabra, Cappoquin, Cashel, Killaloe
ITALIA: Roma, Florencia, Génova, Milán, Palermo, Padua
PORTUGAL: Lisboa, Porto, Braga, Braganza, Coimbra, Cova de Iria, Covilha, Leiria, Alcains, Alvares, Campo Maior, Estoril, Foz de Douro, Lagoal-Caixias, Negrellos, Peniche, Tomar, Vidago, Vilanova de Gaia
SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

CHINA: Wuhu
INDIA: Bombay, Amod, Bhavnagar, Baroda, Bulsar, Kandi, Khandala, Madras, Shembaganur, Talasari, Mhemdabad, Nadiad, Rajkot
JAPON: Tokyo, Hiroshima

África

MARRUECOS ESPAÑOL: Tetuán, Melilla, Ceuta, Tánger
GUINEA ESPAÑOLA: Santa Isabel (Fernando Poo)

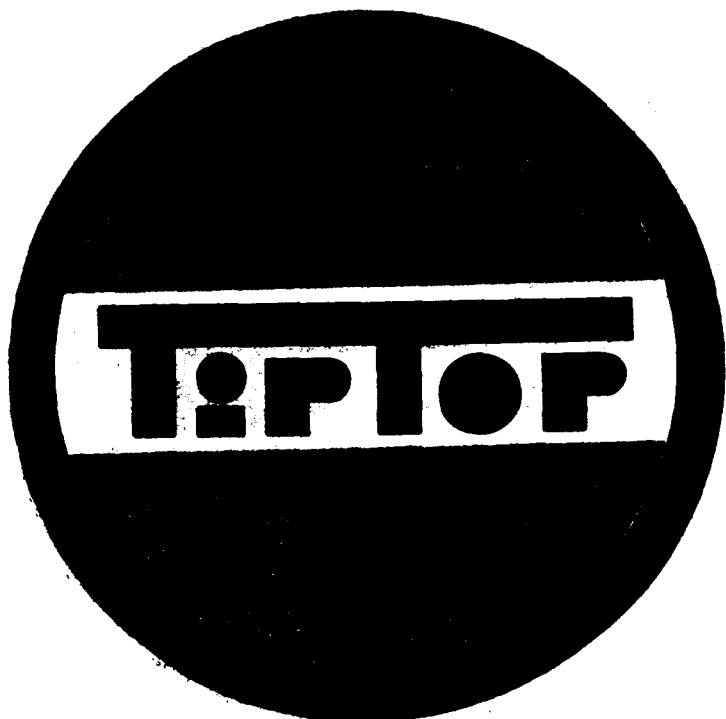
América

ALASKA: Bethel
CANADA: Ottawa, Montreal, Quebec, Edmonton
ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Los Angeles (California), Placentia (California), Berkeley (California), Albuquerque (New Mexico), Montezuma (New Mexico), San Antonio (Texas), El Paso (Texas), Edinburg (Texas), San Agustín (Florida), Chicago (Illinois), San Pablo (Minnesota), Webster Groves (Missouri), Framingham Centre (Massachusetts).
ARGENTINA: Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Salta, Mendoza, Jujuy, Ciudadela, Mari-Lauquen, Morón, Pirovano, San Juan, San Miguel, Viedma
BOLIVIA: La Paz
BRASIL: São Paulo, Braganza Paulista, Itatiba, Mogi Mirim, Recife, Santos
COLOMBIA: Bogotá, Cali, Jericó, Medellín, Pasto, Tunja, Usaquen, Zipaquirá
COSTA RICA: San José de Costa Rica
CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Holguín, Sancti Spiritus, Pinar del Río, Camagüey, Ciego de Avila, Guaimaro, La Vibora, Manzanillo, Morón, Nuevitas, Violeta
CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Talca, La Serena, Los Andes, Padre Lascasas, San José de Mariquina, Temuco, Viña del Mar
ECUADOR: Quito, Cuenca
EL SALVADOR: San Salvador
GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Cobán, Quezaltenango, Sololá
HAITI: Puerto Príncipe
MEJICO: Méjico, Mérida de Yucatán, Tampico, Guadalajara, Morelia, Puebla Coyoacán, Cuquío, Chihuahua, Puerto Vallarta
NICARAGUA: Managua, León
PANAMA: Ciudad de Panamá
PARAGUAY: Asunción
PERU: Lima, Iquitos, Magdalena del Mar, Miraflores
PUERTO RICO: San Juan, Aibonito, Ponce, Santurce
REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo, Santiago de los Caballeros
TRINIDAD: Puerto España
URUGUAY: Montevideo, Florida
VENEZUELA: Caracas, Valencia, Mérida, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney
FILIPINAS: Manila

Anunciarse en CRISTIANDAD es darse a conocer en todo el mundo



Auto Crema Sintética
(auto-cream-creación americana)

Sin esfuerzo alguno y en pocos minutos
TIPTOP LIMPIA, PULE Y CRISTALIZA
la carrocería de su coche dejándola con un
BRILLO CRISTAL MARAVILLOSO

CONCESIONARIO PARA ESPAÑA: MONT
Avda. Generalísimo, 463 - Tel. 77180
B A R C E L O N A



*Visite las Cuevas
de Artá*

COMPRAMOS

a 7'00 ptas. los siguientes ejemplares:

Año 1945

N.º 19, 20, 21, 26, 28, 39

Año 1946

N.º 43, 48, 58 - 59, 63

Año 1947

N.º 67, 78

Indices de los años 1944 y 1945
a 4'— ptas.

Llame al teléfono **22446**

La Administración

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 "
Trimestral . 25'00 "

6

Número ordinario . . . 5²⁵ pts.
Encuadernar 25 >
Tomo encuadernado . 125 >

